

THE
LIFE
OF
MRS
M. J. B. B.



6396

LA
VERDAD Á TODOS

FOLLETO

QUE DEFIENDE LA UNION CATÓLICO-MONÁRQUICA
REFUTANDO LA UNION FORMADA POR EL CONDE DE ORGAZ Y COMPAÑEROS
PARA FELICITAR Á MONSEÑOR FREPPEL

ESCRITO

POR EL R. P. FR. ÁNGEL TINEO HEREDIA

DE LA REGULAR OBSERVANCIA DE NUESTRO SANTO PADRE SAN FRANCISCO,
PROVINCIA DE CARTAGENA



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA

Calle de la Cava-alta, núm. 5

1881

ES PROPIEDAD.



A LOS LECTORES

Vivimos en unos tiempos tan calamitosos que, si no se aproximan los días del Juicio final, nos hallamos por lo menos en caso muy parecido á los que precedieron á la ruina de Jerusalem; todos discurrimos, todos discutimos, todos queremos mandar y ninguno obedecer. Apenas hay quien no se crea capaz de dirigir el universo. Las cosas han salido tan de su quicio, que de no enviar Dios desde las divinas alturas un diluvio de gracias, no hallaremos el camino que debemos emprender. La política todo lo invade, todo lo confunde, todo lo trastorna, no oyéndose otra voz que la de los partidos.

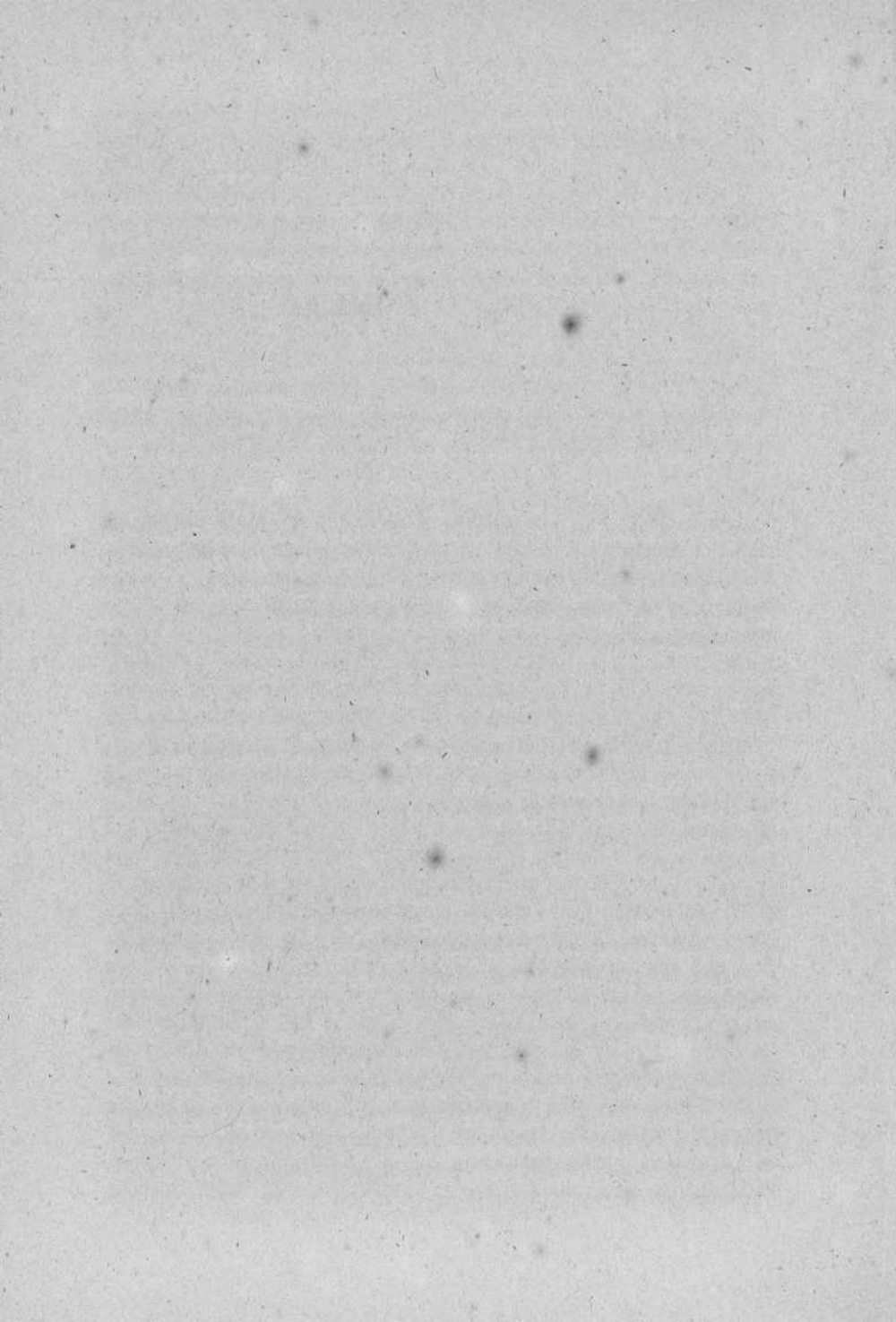
Principiamos con el siglo, y se formaron dos: uno liberal y más ó menos anti-cristiano; otro anti-liberal y más ó menos católico. El primero se ha ido dividiendo hasta no poderse contar las fracciones. El segundo se hallaba unido, compacto; aspiraba á la conservacion del dogma moral y disciplina eclesiástica; pero unos cuantos, y de los principales, so pretexto de una obra mejor, han perturbado la union. La cosa podria haberse in-

tentado, si así convenia á la religion; de otro modo, no debiendo proceder la iniciativa de personas legas, pertenecientes algunas á los partidos liberales, más retrógrados los más, procedentes de la comunión católico-monárquica. Respecto á estos, no se sabe si como pretexto, ó movidos de deseos preconcebidos, principiaron por desconocer la dirección del partido, encomendada á don Cándido Nocedal; resultando luego la formación de una junta para una cosa frívola, poniéndose á la cabeza los que habian sido directores de la comunión católico-monárquica.

Los que fielmente adheridos á esta salvadora tabla, la miramos como lo menos malo de lo que existe, hemos visto erigido altar contra altar, puesto que se han agarrado á un medio religioso para disimular su defección. Han formado una nueva unión católica de liberales que, en el mero hecho de serlo, no infunden la mayor confianza á los católicos de siempre, y de disidentes del tradicionalismo. Astutos y sagaces, han tratado de involucrar á los señores Prelados y á Su Santidad en el asunto, que sería bueno en sí, pero que no puede serlo, porque todos los antecedentes están manifestando el verdadero objeto, que no es otro que matar la comunión católica. Esto lo prueba el aplauso unánime y fervoroso de todos los liberales, nada interesados por la religion.

A defenderla se encaminan estas mal coordinadas líneas; á que no se dejen engañar las personas sencillas, se dirige. Me habia propuesto decir todo lo que sentia á todas las personas que han tomado parte en la confección de la segunda, pero habiendo enseñado mi borrador á personas de dignidad eclesiástica y seglares, han alabado mi pensamiento y mis verdades, diciéndome son verdades; mas no todas se pueden decir. Siguiendo este

consejo, he suprimido cinco capítulos enteros, cercenando otros muchos, de modo que en algunos se notará falta de hilación. Sale tardío; empero, una larga enfermedad no me permitió escribirlo cuando las desavenencias principiaron; luego de concluido, ha ido de mano en mano para que me dijeran lo que procedía publicar. Pasándose ya el tiempo de la contienda electoral, me decido á imprimirlo; no sin decir antes que las personas de quienes hablo, si digo cosa que no le guste, no lo lleven á mal, porque no va nada contra ~~nada~~ el hombre; va contra la parte que haya tomado en lo que mi conciencia no me permite aprobar, por creerlo contrario al bien de mi patria y á la religion, que de un modo ó de otro profesamos la mayor parte de los españoles.



CAPÍTULO PRIMERO.

ORÍGEN DE LA COMUNION CATÓLICO-MONÁRQUICA.

Allá cuando los jansenistas, empeñados en vivir dentro de nuestra Santa Madre Iglesia, no obstante las excomuniones, reuníanse sin la mayor reserva en nefando consorcio con los enciclopedistas y regalistas, lanzando á los jesuitas con más sonoros motivos que justos, con una inhumanidad jamás en la historia vista; allá cuando el incalificable Godoy, portento de favoritos y cortesanos felices, que mereció la execración de los buenos, sin obtener la compensacion de los liberales, de quienes fué progenitor, principiaba la obra de la desamortizacion, tan radicalmente llevada á cabo por los progresistas, obligando al Sumo Pontífice á reducir á un papel, del que nada se ha cobrado, las obras pías y memorias; allá cuando el loco capitan del siglo sembró la discordia en la Real familia para tener el gusto de mezclarse en asuntos que no le incumbian, se llevó á nuestros reyes dolosamente á Francia, mandándonos ignominiosamente un rey intruso de su familia, con ánimo de trasplantar á España los espantosos principios de la revolucion francesa, los buenos españoles, no contaminados con las doctrinas impías de Janseño, Voltaire y Maquiavelo, que daban á los reyes autoridad suprema en todos los asuntos, por ellos llamados de disciplina exterior, principiaron á ver claro á dónde se les llevaba; no tuvieron necesidad de otra excitacion contra el traidor tirano, que un simple oficio del alcalde de Móstoles, para armarse de malas escopetas, palos, asadores ú hoces, desafiando al que habia destruido los ejércitos de Austria, Prusia y Rusia, como antes lo

hiciera con el de Italia. Este levantamiento fué el fundamento de la gloriosa batalla de Bailén, primera que perdieron los ejércitos de Napoleon.

Este es el acto más sencillo y natural, llevado á cabo de un modo espontáneo por los simples fieles, sin acuerdo, convenciones, fórmulas, estatutos. A la voz de España cautiva de los franceses, el leon de Castilla, adormecido por la torpe y falsa política del favorito Godoy, sacude la melena, y corriendo el oficio del alcalde de Móstoles de justicia en justicia, pronto hubo guerrilleros que llevaban el temor y espanto á los invencibles franceses hasta entonces; esta es la primera union católico-monárquica, verificada por la esencia de las cosas, por el anhelo de conservar la religion de nuestros padres. Aquí no hubo intrigas ni venganzas, ni pactos, ni convenios, ni excisiones, ni tránsfugas ni traidores; aquí no hubo abigarramiento de elementos heterogéneos incapaces de entenderse; á todos los une el venerando lábaro de Dios, Patria y Rey; aquí no hubo progresistas destructores de lo que otros desean conservar, ni conservadores de lo que otros justamente poseían, ni adoradores del dios éxito, ni afectos á los hechos consumados que antes aparentaban aborrecer con todo corazón y combatir con todas las armas de una saporifera elocuencia, como hija de la imaginacion y no de la conciencia; aquí no hubo libre-pensadores ni libre-cultistas, ni desamortizadores, ni anti-frailes, ni anti-curas. Sólo habia católico-monárquicos.

¡Pero ya habria liberales! Ni por sueño. Estos se hallaban en sus antros concertando los medios de hacernos felices á la francesa, con sus principios, sus clubs y su guillotina. Estos soñaron entonces en que los ejércitos franceses sembrasen sus errores por toda la nacion, de palabra y por escrito, teniéndose por muy honrados con el título de afrancesados. Estos son los que, viendo á la Nacion viuda y huérfana, llorando su desgracia cual otra Jerusalem, olvidando su deber para con la patria, la enredaron en una guerra religiosa; religiosa, no civil, por milagro de la Providencia. ¿Qué hubiera sido de nosotros si indignados nuestros guerrilleros, sólo guiados del pensamiento de causar bajas á los franceses, ya dándoles audaces acometidas, ya picándoles la retaguardia, ya sorprendiendo los destacamentos, ya copándoles sus guardias y avanzadas, ya, en fin, apoderándose de los convoyes, se hubiesen vuelto los unos contra los otros, como su-

cedió el año 20, y aun el 33, declarándose los unos contra los otros por la *Niña* de Cádiz? Seríamos franceses de derecho, que de hecho ya lo somos.

Como imparcial en todo, debo decir que la revolucion de las Córtes de Cádiz vino porque tenia que venir, como tiene que venir la social. Al que me pregunte el por qué, le diré: porque habia pecados que castigar y rutinas que desterrar; defectos que corregir y reformas que realizar en todos los ramos de la administracion eclesiástica, civil y militar. En toda cosa humana varían insensiblemente las ideas y necesidades, haciendo que las leyes ordenadas muchos años antes y siglos; convenientes, útiles, necesarias entonces, se hagan inobservables despues. Es tal la acumulacion de nuevas leyes, decretos, aclaraciones, interpretaciones, prácticas y usos nacidos en diversas épocas, llevando cada una un poquito de la suya, que al fin de los siglos son imposibles de observar; empero siguen por medio de puntales, que por su debilidad dejan caer el edificio.

Si la venida del francés hizo ponerse en armas á los valientes católicos, las Córtes de Cádiz hicieron aguzar el estilo á los católicos sabios. Grandemente sorprendidas debieron quedar las gentes inocentes, que sólo respiraban odio á los nuevos vándalos que se les habian entrado en casa y mandaban á pasar trabajos al fruto de sus entrañas, ya que no muriesen en el campo del honor, viendo que unos cuantos que habrian contribuido al motin de Aranjuez, donde dieron el escándalo de que el hijo destronase al padre por intrigas y amaños del orgulloso Bonaparte, que buscaba este pretexto para mostrarse protector del ultrajado padre, olvidando los males de la patria, en cuya libre independencia debieran pensar, de propia autoridad convocan á Córtes del reino, decididos á trastornar la nacion que debian salvar, dejando las reformas para mejor, más tranquila y natural ocasion.

Como buenos hijos de las sectas secretas, tenian el terreno minado y la mina cargada, seguros de que la gente que trabajaba por la independencia, no les estorbaria en los mandatos de los procuradores á Córtes. Así fué que el resultado les salió favorable; la mayoría inmensa, la minoría pequeña, aunque denodada, si bien no preparada como ellos, que fueron prevenidos para hablar de todo.

¿Cómo habian de pensar los inocentes católicos que aquellas mal llamadas Córtes del reino, cuando eran un conjunto de ene-

migos de Dios, de la Patria y del Rey, se congregaban para perturbarlo y dividirlo en bandos y agrupaciones hasta lo infinito, no dejando cosa por revolver? Aquellos hombres obcecados, que no debían haberse ocupado de otra cosa que de allegar recursos, organizar ejércitos, buscar generales expertos, valientes y determinados; aprovechándose de las circunstancias, abusan de sus mandatos y principian á legislar en lo profano como en lo sagrado, en lo civil como en lo militar, en lo de su incumbencia y en lo extraño, en lo del rey como en lo de los obispos. Ni la oposicion de los diputados que miraban con horror las innovaciones en las cosas que no les pertenecian, ni las quejas de los unos, ni las maldiciones de los otros, ni las súplicas de estos, ni los ruegos de aquellos, eran parte para que los sectarios se contuviesen.

En vano los católicos levantaron el grito cada uno desde su rincón; en vano las corporaciones representaban; ellos, unas veces con artera erudición de antemano preparada, seductora de los superficiales por la novedad; otras con la mentirosa hipocresía; ya con la sátira, ya con la burla y sarcasmo; cuándo con halagüeñas promesas de futura felicidad para los pobres; cuándo con promesas á los colonos, á los artesanos y braceros, ofreciéndoles su cuota en el reparto ó en la venta de bienes eclesiásticos, sobre todo de los conventos, especialmente de los monasterios. La astucia luciferina de los sectarios, siempre ha sido diestra en seducir al débil contra el poderoso, al pobre contra el rico, al siervo contra el señor, al criado contra el amo, al súbdito contra el superior, al vasallo contra el rey, al reo contra el juez, así como al capellán contra el cura, al cura contra el obispo, á los sacerdotes dispersos contra los cabildos, á estos contra el prelado, al obispo contra el Papa.

En todos tiempos principiaron á disponer de los bienes de las iglesias sin tener en cuenta que los señores obispos y prelados regulares han sabido vender los vasos sagrados en las calamidades públicas, en términos que la misma Iglesia se ha visto precisada á poner coto á esta liberalidad; en la que nos ocupa no se deja la iniciativa á los obispos y prelados; se arrogan la autoridad de disponer de la plata de las iglesias y conventos, y cambiando los nombres á las cosas, ó el significado á las palabras, dánse el pomposo nombre de liberales, porque haciendo una ley injusta y sacrílega, al amparo de este sagrado nombre, toman lo ajeno contra

la voluntad de su dueño. Tienen razon de haberse dado el nombre de liberales, porque su plan era quitar sus bienes á todas las comunidades eclesiásticas para repartirlos á los adeptos, con el inocente intento de empobrecer la Iglesia, á fin de destruirla, objeto preferente de todos los enemigos de Dios.

Estas Córtes nos regalaron la primera de las innumerables Constituciones que ya llevamos, siendo el primer artículo favorable á la religion, porque se trataba de seducir y no exasperar, de embaucar disimulando hasta que fueran los más fuertes; fué obra de la hipocresía jansenista, de la impiedad filosófica y de los amaños regalistas. El código formado por este heterogéneo triángulo, parecia inocente en comparacion de las blasfemias que los flamantes regeneradores se permitieron en sus discursos, calcados sobre el modelo del que se propuso aplastar al infame. Lo que allí se permitieron aquellos hombres, muchos de los cuales se habian educado en las universidades, ya contaminadas con los tres venenos, filosófico, jansenista y regalista, sin excluir varios eclesiásticos aun más artificiosos, podrá verlo el que tenga paciencia para leer el *Diario de las Sesiones*. Baste decir, que allí no quedó uno de aquellos principios controvertidos en las escuelas, algunos de ellos no condenados por la Iglesia por esperar mejores tiempos, que no se citase contra esta piadosa Madre. Todas las cuestiones que se agitaron, fueron resueltas contra la religion. El nombre de Dios uno y trino, fué omitido ó escarnecido; el de nuestro Divino Redentor, envilecido; la Sagrada Escritura del Nuevo y Antiguo Testamento, ya no se citó para sacar deducciones cristianas; si alguna vez se recurrió á ellas, fué solamente respondiendo á los discursos de la venerable minoría que defendia varonilmente la religion, la Escritura Santa y la tradicion. Allí no dominaron otras ideas que las de la diosa razon, adorada en Francia y representada por una prostituta; ¡digno ídolo de tales adoradores! En una palabra; todas las cuestiones eran miradas bajo el punto de vista de la flaqueza de la razon humana, corrompida por el pecado de nuestros primeros padres. De esto tambien se reian aquellos regeneradores del mundo que, si todos somos pecadores, ellos, que no creen en la redencion, menos creen en el pecado; así es, que no teniéndolo por un mal moral, lo cometen sin escrúpulo, no oponiéndose al bien fisico.

La inquisicion no podia ser de su agrado, ni el voto de Santía-

go, ni los conventos, declarando necesarios los párrocos, dejando á otros el concluir la obra que ellos iniciaban. Este es otro de los motivos que impulsaron á los buenos á unirse sin más que conocerse.

Empero á pesar de los daños causados á la religion y á la patria, la imparcialidad y el amor patrio me obligan á decir, que nuestros primeros revolucionarios fueron templados respecto á sus discípulos, y mil veces más respecto á los franceses, sus maestros, y nos hallamos en el año 20; tantas innovaciones no podian ser gratas al Rey D. Fernando VII (Q. E. P. D.); así, que revocó lo que era revocable, antes de llegar á Madrid. Mas los liberales bufaron de rabia y no perdonaron á S. M. tamaña ofensa; sus intrigas no cesaron; buscaban todos los medios para que su niña reinase, y no pudiendo lograrlo, ya que no fuesen autores ó instigadores de la sublevacion de los colonos americanos, los dejaron triunfar en la rebelion, amotinando las tropas destinadas á embarcarse á fin de contenerla. Aquellos militares, dignos de admiracion por sus heróicos hechos en favor de la patria y contra los franceses, quedaron mústios, marchitos, manchados, siendo lo peor el haber sido los maestros de los pronunciamientos que despues siguieron y seguirán; nunca en bien del Estado, siempre en bien de diferentes partidos. Una cosa buena tienen estos caballeros; en pronunciándose algunos batallones y regimientos, generalmente los otros dan lugar á que se pronuncien las ciudades; verificado esto, los demás siguen; el movimiento continúa, se obtiene un ascenso, marcha la cosa; deshacen lo hecho, nuevos ascensos y premios á los que más han trabajado, con una carga más para la pobre España que paga, en accion de gracias por no habernos regalado una guerra civil.

Mal iban Riego, Quiroga y el conde de Labisbal, cuando la Co-ruña los sacó de apuros levantándose en favor de la niña, á la cual siguieron otras, y por fin el desgraciado ejército. Estos señores libres, forzaron al Rey á ser liberal, y ¡viva la libertad por fuerza!!! Entonces, algunos guerrilleros, verdaderos liberales, porque derramaban su sangre de nuevo por su Dios, Patria y Rey, diferentes de los más que se habian afrancesado peleando contra los franceses, salieron de nuevo á campaña. El Rey Don Fernando VII era prisionero, entre los liberales, militares y nacionales, se buscaron varios medios de sacarlo de la esclavitud, pero inútilmente. La guardia real lo intentó el 7 de Julio con des-

graciado éxito; las guerrillas tambien fueron desgraciadas; herizadas las ciudades y villas grandes de tropas regulares y liberales, todo fué en vano; no hubo otro remedio que mandar la Alianza del Norte á los franceses á poner paz en España, la que pasaron continuando su propaganda.

CAPÍTULO II.

UNION ESPONTÁNEA Y RÁPIDA Á LA MUERTE DEL ÚLTIMO MONARCA FERNANDO VII.

Los afiliados á las sectas secretas, masones, anilleros, comuneros, iluminados, jansenistas y otros, todos, como un solo hombre, se apoderaron de la cuna de la hija de D. Fernando, sin perjuicio de distribuir los papeles, haciendo representar á cada uno el que más daño pudiera causar al contrario. Atendieron á los antecedentes propios ó de sus mayores, al carácter ó la habilidad para disimular todo lo que fuera necesario, hablando el pro y el contra, segun las personas y ocasiones, llevando cada cual noticia de los afiliados para conocerse, entenderse, concertarse y recibir instrucciones de todo lo que pudiera conducir al plan combinado. Como para cada liberal habia en España cien buenos católicos; como los sectarios eran dueños del ejército, de los castillos y fortalezas; como en las grandes poblaciones vivian los sabios, los usureros, los ricos y los viciosos; como todos estos tienen por lo comun criados, los comprometieron á tomar el morrion de voluntarios, el uniforme y fusil; los instruyeron tambien en el arte de apalear á los que no se uniesen á ellos, habiéndolos dado tal habilidad para esto, que no dejaron de hacer excelentes discípulos en los ex-voluntarios realistas. A fuerza de apalearlos, los comprometieron á ingresar en sus filas, haciendo despues de ellos los mejores apaleadores. Hicieron lo que los turcos, cuando no hay un musulman que se preste á una accion indigna, buscan un renegado. Como por irrision, los llamaban blanquillos, siempre que los veian un tanto reacios; con sólo apelar al apodo de blanquillos ó carlistones, el negocio quedaba ejecutado. De

estas mañan y de otras se servian los que se desgañitaban diciendo: ¡¡Viva la libertad!!!

Sus patronos no desperdiciaban tampoco los medios de seducir á los otros que no se mostraban enamorados de la libertad á palos. Eran dueños de las universidades desde antes y mucho antes de la muerte del Rey, en términos que, segun un autor que debia saberlo, la facultad de Farmacia de una de ellas no tenia ni un catedrático que no se hallase contaminado con el virus de las nuevas doctrinas. Las demás facultades estaban tambien inficionadas, si no tanto, á lo menos lo bastante para temer mayor contaminacion; la misma Teología, fundamento, por no decir fundadora, de todas las universidades, tenia tambien sus catedráticos jansenistas, diestros artífices en materia de seduccion y disimulo. Con estos antecedentes, no se admirarán los unionistas que lo ignoren, de que Fernando VII se viera obligado á cerrar las universidades. Puesta la Reina viuda á la cabeza del Gobierno por enfermedad de su esposo, no parecerá extraño que diese el decreto de reapertura, tan ensalzado por los liberales, no por la ciencia en sí, mucho por lo que les interesaba como medio de exparcir sus errores, iniciando en ellos á los más aventajados discípulos y más apropósito para comunicarlos á otros.

Esto es debido á que la doctrina cristiana es severa, sus preceptos severos, prohíbe los placeres, desprecia las riquezas corporales anteponiendo las eternas, mientras sus contrarios les presentan desde niños los placeres que tan connaturales y violentos son á nuestra naturaleza. ¡Cuán frecuente es ver los hijos de padres católicos, devotos, santos, que antes hubieran deseado la muerte de sus descendientes, que verlos abandonar el camino de su virtud, que tanto les han inculcado con la palabra y con el ejemplo, ser la piedra de escándalo de sus antiguos compañeros!

Los liberales iniciados, que lo serán pocos en todo el plan, y acaso los mismos que ejercen los primeros puestos sean instrumento de una mano oculta, siguen los medios adoptados por los antiguos herejes. Sondean los alcances de las personas, su temperamento, su genio, sus inclinaciones, sus pasiones, sus antecedentes, conexiones, relaciones, vicios ó virtudes, compromisos, vida actual y pasada, y aun la de sus padres. Enterados de esto, dejan caer palabras sueltas, inconexas, ambiguas, fáciles de explicar en diferentes sentidos; observan sus gestos, miden las respuestas, y conociendo lo que el sujeto vale en favor de los

planes y lo que aprovechará para abrir brecha en la fortaleza enemiga, le siguen, le persiguen, le asedian, le tientan, y no bastando uno, buscan siete espíritus peores que el primer tentador. Si se resiste, no desisten; expían un momento de mal humor, redoblando luego sus baterías. Una vez vencido, le imponen la ley del silencio con las palabras de Prisciliano: «Jura, perjura, de ningun modo quebrantes el secreto;» ó con las de Maquiavelo: «Lo que aprovecha es lícito.»

Contra estos hombres emprendieron la lucha los católico-monárquicos. Por lo que habian hecho los protestantes, los revolucionarios franceses; por lo que ellos mismos habian practicado en Cádiz, y mayormente el año 20, sufrieron aquellos la resistencia, y aun la acometida. No es mi ánimo, ni se me permitiría entrar en otras consideraciones. Viéndose en considerable minoría, porque la parte sensata, católica y sencilla de la nacion los aborrecia, y aun la Reina los temia, se vistieron de piel de oveja. Al principio se fueron afianzando, haciendo partidarios entre los antiguos realistas, con pretexto de la sucesion disputada; por desgracia se vió á muchos que habian resistido á las seducciones de los de Cádiz y fueron acérrimos enemigos de la niña en el 20, caer de hinojos, seducidos con la promesa de algunas reformas necesarias, por los abusos introducidos con el tiempo. Esta credulidad, en mi humilde parecer, fué y ha sido la causa de las disensiones dinásticas que estos pudieron arreglar al principio. Dieron en falso un paso de avance, y no han tenido valor para remediarlo; por esto fueron más adelante de lo que pensaban, siendo siempre mirados con desconfianza, habiendo sido algunos víctimas de ella. Los más acérrimos enemigos de los monárquico-católicos fueron los ex-realistas, los que les causaron los mayores males. Cea Bermudez fué el elegido para servir de puente á los liberales. Este dió un manifiesto para no escandalizar á sus antiguos amigos, el cual no gustó á estos ni á los antiguos enemigos; por esto se vió pronto obligado á dejar el puesto al doceañista Martinez de la Rosa, quien, por más que se disfrazara con la piel de cordero, con su Estatuto Real, no engañó á ningun buen católico, y disgustó á sus antiguos amigos gaditanos, como sucede á los que obran contra lo que sienten ó sintieron.

Poco tardaron á emprender la persecucion religiosa, no abierta sino arteramente. En los clubs combinaron el plan de ataque. Principiaron á desacreditar á los regulares en público y en se-

creto, de palabra y por escrito, en periódicos y libros, siendo el primer plato de su voracidad los bienes de los monacales; so pretexto de que, viviendo generalmente en los desiertos, que habian ellos desmontado y convertido en oasis encantadores, no eran útiles á la Iglesia, fueron dando con ellos; despues la emprendieron con los demás regulares, disponiendo que los conventos que no llenasen el número de doce, fuesen cerrados (¡cuántos se hallaban en este caso por los trastornos de la guerra de la Independencia, fechorías de las Córtes de Cádiz y madrileñas del 20!), y trasladados sus moradores á otro convento. Esto era muy lento para los sectarios nacionales y extranjeros, venidos á España para precipitar la extincion completa de los regulares; era, pues, necesario recurrir á otros medios. Los pretextos no pueden faltar cuando los poderosos los buscan; á falta de la verdad, la mentira y la calumnia son armas poderosas. En Madrid, mandando los moderados; mejor dicho, los más hábiles; mejor contado, los más frios de sangre, ordenaron los clubs el degüello. ¡Dios mio, con qué pretexto! Con el de que los frailes habian envenenado las aguas, porque la poblacion era diezmada del cólera. Las autoridades lo sabian, pues los religiosos habian tenido avisos secretos; los de San Francisco el Grande avisaron al jefe del regimiento de la Princesa, pidiéndole asilo; lo ofreció, no lo cumplió; murieron cuarenta y siete; dejaron obrar á los revoltosos de un modo que se veia un plan combinado para amedrentar á los frailes, insinuándoles que se marcharan, para poder decir que estábamos deseando salir del cláustro. ¡Dichosos los pocos años que viví en ellos; nunca los he tenido mejores! En mayor ó menor escala, hubo en aquellos dias los mismos excesos en Murcia, Zaragoza, Reus, Barcelona y otros puntos, donde los sectarios tenian más adeptos; donde no dominaban, no se atrevieron, si bien en todas partes hubo asomos, pues que la órden debia ser general. Desde este punto ya no era vivir en los cláustros; á todas horas y á cada instante corrian voces de que nos iban á matar.

Los pueblos estaban por nosotros; las catedrales, las parroquias, generalmente las almas piadosas, rogaban por nosotros; parecia que Dios habia de mirar por su causa. Aquí podia parodiarse la sentencia célebre de un romano al ver el triunfo del materialista César, que habia negado en pleno senado la inmortalidad del alma. La causa vencedora agradó á los dioses; la vencida á Caton, que se habia suicidado por no someterse á su con-

trario. La revolucion no agradó ni podia agradar á Dios, pero la permitió como azote, hasta que, triunfando en Rusia, venga por toda Europa el ángel exterminador, quedando para regenerarla, aunque quedarán pocos, los que siempre han defendido á Dios, únicos que pueden mandar á los que por sus excesos van á poner las naciones á los piés de los discípulos que han sabido sacar más decididas consecuencias de los principios y ejemplos recibidos de sus maestros.

Por más que nos persiga la adversa fortuna, como ahora nos persigue de parte de los que menos debíamos temerla, no dejaremos de conservar el lábaro santo de Dios, Patria y Rey. De una parte están todos los enemigos especulativos de Dios y de la patria, que la han despojado de los bienes amontonados por nuestros mayores; los asesinos, por sistema, de sacerdotes y obispos, de religiosos y religiosas; los destructores de iglesias y conventos, que han convertido en cuadras, casas, cafés y teatros los templos en que se adoraba á Dios; los revolucionarios, que con sus pronunciamientos y revoluciones de dia en dia van adelantando más y más en perseguir á la Iglesia de Dios, enriquecerse de una manera repugnante y escandalosa, encaramarse en los más elevados destinos, haciendo sufrir á sus adversarios, que sólo atienden al bien de la patria.

De la otra, aquellos que, no pudiendo sufrir tamaños excesos, se refugian á los montes, donde por cuatro veces han sido víctimas de viles traidores. Esto prueba que Dios no quiere concedernos el triunfo por medio de las armas; conozcámonos, unámonos, armonicémonos, organicémonos. Ocupe el primer puesto directivo, el principal ministro del Señor; el magistrado, el condecorado, el titulado, el laureado, el rico, el industrial, el artesano, formen un solo haz; ordénense bien las conciencias; correspondan las obras á las creencias, los medios á los fines. Cuidese del pobre, protéjase al pupilo y á la viuda, empléense los medios humanos para que nadie muera de hambre fuera de los tiempos de carestía; esperemos con paciencia, no recurramos á las armas mientras Dios no las ponga en nuestras manos, y el triunfo es seguro.

CAPÍTULO III.

LOS LIBERALES, COMO PARTIDO, NO SON NI VERDADEROS CATÓLICOS NI VERDADEROS MONÁRQUICOS.

Hemos visto en el anterior capítulo que por los disolventes principios de los liberales y poco amor á la monarquía, se habian formado dos partidos; no será difícil probar lo que decimos á la cabeza de este. El que ama una institucion, procura evitar cuanto perjudica á su esencia; la de la monarquía es la de unir, como se ve por la etimología. Si alguna ventaja lleva esta forma de gobierno á las otras, es la union. Partiendo la autoridad de uno que la recibe por herencia, la mira como cosa inseparable de su sér. Es hombre, y sabe desde su nacimiento que no se pertenece sólo á sí mismo; que pertenece á la nacion, en cuyo seno le ha engendrado su padre. Él es un hombre como los demás; mírese en el espejo de todos sus vasallos, varones y hembras, y verá que todos le son iguales á él, á su padre, á su madre, á su mujer, á sus hijos; ninguna diferencia esencial encontrará entre unos y otros. Las hallará, quizás, y muy grandes en las cosas accidentales: en talento, en ciencia, en habilidad; en el cuerpo, en robustez, estatura, salud, fuerzas, hermosura; empero, por evitar guerras civiles, han convenido en ceder de todas estas y otras ventajas en favor de determinada familia, segun las leyes de antemano dictadas, sancionadas, promulgadas. Por esta razon el rey, sin engendrar hijos, los tiene ya. Quizá al comun de los reyes incline Naturaleza á preferir la familia natural á la civil; sin embargo, á los buenos inclina más la heredada que la propia. Saben que las naciones miran á los hijos de los reyes como hijos de la patria, y por eso exponen su salud y su vida en beneficio de ellos.

Esto lo saben los revolucionarios, pero no lo aprecian; porque los escudriñadores profanos que han penetrado los secretos de los iniciados, se han empeñado en hacernos creer que su plan es ahorcar al último rey con las tripas del último sacerdote. Esto lo sabrán pocos; por eso, aunque los incomoden, no se atreven á

clavar el puñal en las víctimas deseadas; antes anatematizan el asesinato, y aun lo castigan, como uno y otro se ha visto en Prusia y otras naciones. Esto de las miras, será tanto más cierto, cuanto más seguro sea que descienden de los Templarios, absueltos en todas partes donde no llegaba la acción directa de Felipe el Hermoso, rey de Francia, y la de su hechura Clemente V, que nada supo negarle. Aunque fuera esto cierto, ¿qué moral universal autoriza odio tan inveterado y terrible? Ya son tres los reyes decapitados por sentencia: María Estuardo y Carlos I en Inglaterra, y Luis XVI en Francia, guillotinado con toda su familia é innumerables más. Los asesinados traidoramente ya son más; los golpes errados sobreabundan. Y todo esto se atribuye á las sectas secretas.

Con esto fácilmente se persuadirán todos de la certeza de lo que afirmo. He sentado por principio que no son católicos; esto podrá tener sus excepciones en los revolucionarios de reata, de los que no saben otra cosa que lo que exteriormente se sabe y se dice; pero no penetran todo el secreto del plan; de este sólo son sabedores los iniciados más adelantados, como se ha comprobado en todos los tiempos con los sectarios caídos en manos de los tribunales. A no ser así, todo se divulgaría y se ahogaría en flor; por eso cuando llega ó se aproxima el tiempo de la catástrofe, corren rumores vagos y anuncios, porque ha sido indispensable decirlo á muchos para ejecutarlo; así y todo, de un modo tan misterioso, que los mismos tribunales no dan con el origen ó no quieren dar, porque en ellos haya iniciados. No ha mucho tiempo vino en los periódicos un caso bien raro y providencial.

Los buenos católicos podrán ver leyes que no les gusten, costumbres que no les satisfagan, abusos que no les cuadren; pueden desear su derogación ó abrogación; pueden hacer esto con más ó menos viveza, acrimonia, vehemencia, empeño; podrán delinquir en el modo, en la forma, no en el fondo. Unos esperarán con calma la reforma; otros no tendrán paciencia; aspirarán á colocarse en altos puestos, á fin de lograr sus intentos, por ejemplo, algunos regalistas de buena fe, y puestos en ellos, comenzar la cosa con más ardor que prudencia; pero esto no destruye, aun se persuaden que van á edificar, y en efecto, edifican en otras cosas fuera de su manía.

No así los liberales. Sus reformas son destructoras. Sin los

carlistas el 20, 33, 68, no hubiera quedado ni un convento de monjas, ni de frailes, ni parroquia, ni catedral; su plan es acabar con Dios, su Cristo y la Iglesia. Hoy mismo me he horrorizado de una caricatura que he visto, es Sábado Santo, en un escaparate; soy poco fuerte en este género de enigmas, y pudiera haberme equivocado. ¡Ojalá así fuera! Pero me parece que he visto á nuestro diuinísimo Jesus caído en tierra, con la cruz acuestas, horripilado, enfurecido contra el sayon que tiraba de la sogá que al cuello llevaba. Quien hace y expone al público estas cosas, ¿no las odia? La autoridad que las tólera, ¿no manifiesta su aprobacion y satisfaccion? El pueblo liberal, único que pudiera anatematizarlas, ¿no manifiesta su indiferencia? Tambien vosotros, se nos dirá. Nosotros ya hemos hecho lo que podríamos hacer; el pueblo liberal, incluso el católico-liberal todo, sin distincion de colores y de grados, se han congregado en uno contra nosotros; ¡no podemos más!!! ¡Aun así se nos dice que abusamos de la religion para fines mundanales! No hay necesidad de dar más pruebas para convencer á los liberales de enemigos de la religion. Al principio de la revolucion que se llamó la Gorda, cuando asomaba, la temí; apenas la ví nacer, cuando dije: la revolucion no ha venido. No habia un liberal de escalera á bajo, que no tuviese el puñal aguzado para matar curas; nos lo habian dicho y anunciado ellos mismos; el dia que se manifestó en Madrid, oyeron mis oidos que iban á matar á un cura; al poco rato una turba capitaneada, estando yo en el balcon, llegó á la puerta del señor cura, le cantó el Trágala con los vivas de ordenanza de aquellos dias, porque los sueltos eran para Prim, y se retiraron de órden de los directores; repetí otra vez: la revolucion no ha venido; las tropas estaban escondidas, para que saliesen al menor desman del pueblo, llamado sensato en todos los bandos de Madrid; ¿por qué no entró un grupo en el Ministerio de Hacienda? El conato lo presencié yo, y lo estorbaron los porteros, porque estaba lleno de soldados colocados de noche, y la proclama de Concha lo indicaba. Las pruebas más concluyentes de que los partidos liberales en su larga escala no son verdaderos católicos; se verán en el siguiente capítulo. Que no son monárquicos, lo vamos á ver.

Si la muerte de Fernando VII no hubiese dejado más que una cuestion de sucesion, él mismo podia haberla zanjado; la cuestion era compleja; los principios disolventes de los liberales, ávi-

dos de humillar á los reyes, eran el todo; la cuestion de sucesion, un simple y mero pretexto. Fernando amaba entrañablemente á su hermano, á quien tiempo habia tenia por su heredero, en vista de la esterilidad de sus mujeres; la misma Doña María Cristina no se oponia; de aquí que ni el padre ni la madre se opusieron al primer testamento, atribuido á D. Tadeo Calomarde. La razon es patente á todo hombre de algun conocimiento. Las hijas de los reyes siempre habian de ser reina la una y presunta heredera la otra; sólo á la revoltosa Carlota no gustó esta disposicion; se veia alejar de las gradas del trono, y no queria á las princesas portuguesas, y cerró con todos, y pegó con todos, y todo lo trastornó. No habrá un solo español que no esté alucinado con los principios liberales, que no llore que en aquel momento se revocase el testamento; modificarse pudiera, revocarse no; de ninguna manera. Convenidas las bodas de las dos hijas de D. Fernando con sus dos primos mayores, arreglada la cuestion inmediata ó de regencia; el negocio se simplificaba, aunque no del todo se zanjara por las intrigas palaciegas.

Este plan cerraba las puertas á los liberales, porque D. Carlos se habia declarado por los realistas, católicos más aun que monárquicos. Por tanto, pusieron en movimiento todas sus baterías públicas y secretas. Cristina, con su astucia italiana, no se descuidaba en poner en juego todas las galas de su persona; tuvo habilidad, como mujer, para seducir á los partidarios de su esposo por católicos y realistas, y de aquí la completa exclusion de don Carlos, que acaso cometió un yerro en no haberse prestado á los ruegos de su hermano, que lo llamaba á su lado. Quizás temiera algun lazo ó cosa peor de parte de las dos cuñadas. Los realistas en un sentido, afirmarian á D. Carlos en su resistencia; tambien otros podrian afirmarlo en lo mismo, pero de mala fe. Los espías que abundan en todas las Cortes, pagados para tener al corriente de lo que pasa á todas las rivalidades, no dejarian de trabajar porque no regresase á Madrid. Esto convenia más que á nadie, á los liberales amnistiados ya por la regenta Cristina, colocados en los puestos más altos y de mayor confianza, segura que por más odio que profesen á los reyes, á ella no la serian infieles en tanto que la necesitasen; así es que los hizo todo poderosos.

La secta enemiga del altar y del trono se fué insinuando cautelosamente. Escarmentada del año 20, no se presentó bullañ-

guera; el hambre de la emigracion los habia hecho más circunspectos, mayormente á los doceañistas, y fueron paulatinamente. Su primer cuidado fué de asegurarse bien; de apartar de los puestos de más confianza á los realistas no iniciados en el plan; de comprometer al ejército en todos sentidos y por todos conceptos; de formar la cuádruple alianza con la intrusa reina liberal-portuguesa, con la no muy distante de sus mayores intrusos, reina de Inglaterra, que habia suplantado á su propio padre y hermano, con el á todas luces intruso rey de Francia, Luis Felipe, sin los cuales el negocio se hubiese acaso torcido.

Este fué el medio permitido por la Providencia divina para castigar á España; el mal estriba en que los liberales que aun conservan un fondo de religion, lo sacrifican á su afan de amalgamar los principios inmutables del catolicismo, con los variables é inconstantes del liberalismo. Hubiéranse unido todos los católicos á la misma bandera, y todo se hubiera arreglado. Ahora quieren la union facilitadora, insistiendo en que los católicos vayamos hácia los liberales; pero sobre ser tarde, es imposible, como lo ha sido desde el principio, quedando en pié la cuestion dinástica.

Encendida la guerra por todas partes, entre portugueses liberales y liberales españoles, pusieron buen cuidado de que no radicasen partidas hácia la frontera portuguesa. Los realistas castellanos viejos se reunieron á la voz de los antiguos guerrilleros, sin que nadie sepa cómo se disiparon tan fácilmente. Córdoba, el 20 gran realista, persiguió á D. Carlos con encarnizamiento.

En fin; la guerra se localizó en una gran zona, desde el Júcar hasta las fuentes del Ebro, siendo menos ancha cuanto más se acercaba á Madrid, con algunas fuerzas en Galicia, en la Mancha y Extremadura. La guerra debió terminar por una transaccion, á no haber habido un interés en su continuacion. No hay duda que algo de esto habria cuando tanto continuó. El fuego de las conmociones civiles se apaga pronto cuando no le echan leña. Los liberales ganaban mucho con la prolongacion, pues muchos se enriquecian con el comercio. Los comerciantes liberales proveian á los carlistas, no sólo de artículos de comercio general, sino de contrabando de guerra, pólvora, plomo, azufre y todo lo necesario, ó buena parte salia de las ciudades fortificadas; estaban por lo positivo.

Quien más ganaba eran los gobiernos ó el liberalismo, pues

que, so pretexto de guerra, eran cada vez más despóticos, sacando del pueblo cuanto querían, mozos carlistas contra los carlistas, dinero con la redención de quintos, con lo que progresaban infinitamente. Con los numerosos ejércitos que sacaba, obtenía su principal objeto, que era acrecentar el número de los liberales, pues no hay mejor escuela de liberalismo que los cuarteles. Cuantos carlistas entraban en ellos, tantos liberales salían, por regla general; puestos en manos de cabos y sargentos, adocotrínados por sus jefes, salían tan diestros en seducir con razones como con palos. No dejaron los liberales piedra por mover para empobrecer y destruir á los buenos católicos, vejándolos por todos los medios; confiscaciones, multas, destierros, cárceles, presidios, fusilamientos, ejecuciones patibularias, nada se escaseaba. Siendo los carlistas tantos y tan mal tratados por una insignificante minoría, se irritaban, trataban de sacudir el pesado yugo, formaban una mala guerrilla, á veces sin jefe experto; los liberales la copaban, fusilaban á unos, mandaban á otros á los ejércitos de Ultramar, más dichosos que los encerrados en los presidios. Por el número de estos se puede venir en conocimiento de cuántos eran los carlistas que aspiraban á defender su religión. Las deportaciones al terreno dominado por estos se pusieron en moda; si la suspendieron, fué porque los carlistas recurrieron á las represalias. De este modo, amedrentando á unos, corrompiendo á otros, seduciendo á todos, han sembrado tales doctrinas y tanto las han esparcido, sobre todo por medio de los soldados, que hoy la irreligión, la impiedad, las malas doctrinas están difundidas hasta en los pueblos más insignificantes, convertidos los habitantes en impíos ateos, socialistas, comunistas, causando pavor aun á los mismos maestros revolucionarios, obligándolos á poner cordeles de acera en acera, con grandes trozos de tela que en letras grandes decían: *Pena de la vida al ladrón*. Esto se vió el día de la Gorda.

La gente pobre, lo mismo en los pueblos que en las villas, en las capitales de provincia como en la córte, no desea otra cosa que un día de desahogo. Los maestros principiaron por los frailes y las monjas, siguiendo luego con curas, canónigos y obispos, catedrales, parroquias, hospitales, hospicios, etc. No hallando los discípulos nada colectivo, buscan lo mal acumulado por tantos caballeros felices que, habiendo venido á Madrid en alpargatas, hoy se hacen arrastrar en magníficos coches tirados por

soberbios caballos, atropellando á los que vamos á paticas, en lo que son poco reparosos los cocheros, porque, creyéndose dueños de las calles y plazas, no refrenan los brutos á los animales, aunque sea al revolver de una esquina.

Por eso se oponian á lo que los Príncipes deseaban, que era la paz con la union de la familia; la expedicion de D. Carlos á Madrid lo prueba; la nacion entera, salvo Madrid y algunas capitales que nada sufrian, aspiraban á la paz. Las Princesas iban creciendo, aproximándose á la edad nubil. D. Carlos tenia hijos para ellas; los que no querian pescar á rio revuelto, veian la facilidad y el medio de lograrla. D. Carlos sale de las provincias vascas misteriosamente. ¿Estaban los militares en el secreto? Seguro que no. Pues por todas partes por donde pasó, se le opusieron. ¡O no convenia á estos señores, porque en tiempo de guerra se llega á general, cuando en tiempo de paz no se asciende á capitán! D. Carlos no cometeria la temeridad de llegar á las puertas de Madrid sin prévia inteligencia con su cuñada, cuyas bases serian las bodas, lo cual no convenia á los militares de club, á los compradores de bienes de la Iglesia, á los contratistas del Gobierno, á los próceres, diputados y otros cuyos vuelos se hubieran cortado. Además de las dificultades vencidas por D. Carlos, se presenta Espartero en Madrid y le obliga á retroceder, con el objeto sin duda de seguir el plan concertado con el flamante inglés lord Eliot, quien, habiendo dejado la nebulosa Albion con pretexto de morigerar la guerra inculcando el cuartel, fraguó la traicion Maroto-Espartero, que no fué noble, pero fué siquiera un convenio favorable á los que á él contribuyeron, como á los hábiles que penetraron el estado de las cosas y lo aceptaron.

Queda probado que los liberales, si bien no es posible que todos estén en las logias, las apoyan, acaso con más encarnizamiento que desearian los principales; lo que no admite duda es que, logistas ó no logistas, no hay uno que no se agregue á los afiliados contra los que defendemos la religion, derramando voluntariamente nuestra sangre.

CAPÍTULO IV.

LOS PARTIDOS MEDIOS NO PUEDEN SUBSISTIR; LOS EXTREMOS SON LOS LLAMADOS Á Luchar.

Al manifestarse el liberalismo, lo hizo unido y compacto, formando un solo campo, si bien procedente de varios; ya fuesen judíos, ocultos entre los abogados, pintores, médicos, filósofos, prestamistas, usureros; ya fuesen comerciantes, militares, ingenieros; en fin, dedicados á todos los oficios, ocupaciones ó clases de la sociedad, sin excluir la eclesiástica, en la cual formaban los jansenistas un grupo no despreciable. El nombre genérico que adoptaron primero fué el de filósofos. Fueron tantos los que se dedicaron á los diferentes ramos que comprende el estudio de la naturaleza, desde la más elevada esfera hasta el centro de nuestro planeta, que admiraron el mundo con sus observaciones, invenciones y secretos arrancados al universo. No son tantos los inventos talmente dichos, cuanto las aplicaciones de los ya conocidos y no puestos en ejecución, unas veces por falta de medios, y otras por no privar del pan á muchos que se sostenían con una industria casera. El siglo anterior se había dedicado á desenterrar los documentos amontonados en los archivos y bibliotecas, formando grandes acopios depositados en muchos y abultados volúmenes que nos facilitaban el conocimiento de los hechos antiguos de todo el universo y de todo tiempo. En el pasado se dedicaron á un detenido y metódico estudio de todas las cosas que caen bajo el imperio de los sentidos. Con esta aplicación, heredada de siglos anteriores, pudieron escribir excelentes libros de filosofía, pero olvidando la sentencia de Bacon. Una ligera noción de la naturaleza nos aparta de Dios; un maduro escudriñamiento nos vuelve á Dios; por eso escribieron tantos libros y tan malos, que pudieron corromper su siglo, y corromperán los que vienen, si Dios no rasga el velo que cubre los ojos de su entendimiento, para no ver á Dios, uno y trino, en las más microscópicas cosas del universo, como en las inconmensurables.

¿Lo quereis así, filósofos de mi alma? Oigo á coro á la mayoría sábia que no; porque vosotros no tocáis al alma con el escalpelo, ni á Dios en los fondos de la tierra y los abismos; no obstante, todos los anales del mundo os atestiguan que Dios habló con el hombre cuando le crió de la nada en cuanto al espíritu, y del lodo en cuanto al cuerpo; en el cual colocó el alma para que lo rigiese, por cuyo espíritu comunicase con Dios en sus aflicciones pidiéndole, en sus alegrías dándole gracias. ¿No lo creéis? Por eso vivís y nos haceis vivir en una Babilonia. Vuestro tiempo, filósofos, que todo lo reducís á cálculos doctrinarios, ya no es de moda; la moda está en otra parte, que sólo tiene que leer lo que habeis escrito y hablado en las Córtes para probaros que los bienes que habeis adquirido no os pertenecen; que deben ser de todos; que el que no trabaja, tampoco debe comer, ni habitar casa que no han construido sus manos; esta es la moda de los que vosotros habeis enseñado á renegar de Dios y de su Iglesia. Ya se ha insinuado que habeis sido providenciales, que habeis sido el azote de Dios, como Atila; pero vosotros sois mil veces peores que los azotados; vuestro corazon nó ha sido recto en los castigos que habeis dado. Habeis dado malos ejemplos; habeis sembrado vientos y traído la tempestad de fuego, nacida en vuestros clubs, y en vuestras universidades, y en vuestras asambleas; y ese fuego encendido de ideas que en las cabezas de las turbas de sabios é ignorantes habeis colocado, no lo extinguireis, ni con cañones, ni con fusiles, ni con caballería, ni con infantería, llámese esta Guardia civil ó policía disciplinada militarmente; cuanto más comprimais vuestras ideas transmitidas á las turbas descatoalizadas, mayor estallido dará la bomba, y con mayores estragos.

Partiendo del año 33, principiásteis con amaños moderados, que á nadie favorecian ni contentaron; para que las cosas contenten á muchos, es menester que sean lo que se llaman, y que se haga lo antes convenido en las misteriosas reuniones de los perfectos y aprovechados; así es que los primeros ministerios de Cristina perdieron el mérito de la novedad; los liberales no veian más que la continuacion del Gobierno ambíguo de Fernando, y los católicos veian la piqueta y el fuego que los abrasaba; lloraban los primeros ensayos de la persecucion religiosa, que al sargento García no contentaban, ni á Mendizábal que se aprovechó del puñal que puso aquel en el pecho de Cristina para que pu-

siese en práctica la niña de Cádiz, á estilo del año 20. Primera etapa de los astutos moderados, que trataban de aparentar á unos que eran católicos, y á otros que eran muy liberales á secas.

Conducta que hallo lógica en los exaltados, no así en aquellos que se llamaban católicos, que todo lo hacian en provecho nuestro; en aquellos que todavía van á misa, suelen ayunar, dar limosnas, bautizar sus hijos, mandar celebrar misas y á su muerte entierros. Mendizábal hizo todo lo que pudo para acabar con el altar; no hizo más, porque los suyos mismos vieron que los comprometia progresando demasiado.

Convengamos en que lo que no hizo este lo hicieron otros, siendo seguro que á la Iglesia se la despojó revolucionariamente de sus bienes, de los diezmos y primicias; del derecho de asilo en los templos designados; la inmunidad eclesiástica, la libertad eclesiástica, el privilegio del cánón, todo ha desaparecido. Al principio llevaban á las Córtes y al Senado, á las Diputaciones Provinciales y á otros destinos, á los sacerdotes; despues que estos, jansenistas, regalistas ó filósofos, dejaron de serles necesarios, les han dado un solemne puntapié, no sólo los progresistas, sino los moderados, aquellos herederos de los israelitas á quienes decia el intransigente Elías: «¿Por qué claudicais en dos partes? ó servid á Baal ó servid sólo al Señor.» Se me dirá que ya van al Senado ciertos prelados; los presbíteros brillan por su ausencia, por más dignos que sean. Ciertamente; pero no por derecho propio, ni todos; van ó iban los que vosotros quereis; van en número determinado y, ¿qué papel representan? ¿Van allí como obispos, ó como senadores? ¿Se les guardan las consideraciones que les pertenecen en una nacion católica? ¿Pueden y deben asistir á vuestras deliberaciones? ¡Sí! Pues no cumplen con su deber de senadores, porque rara vez asisten. ¿Es esto por falta de amor patrio? De ninguna manera. ¿Es porque no pueden brillar á vuestro lado? Menos, pues todos son sapientísimos. ¿Por qué, pues, no asisten al Senado cuando no se lo impiden sus obligaciones episcopales? Algo habrá; ellos son hombres, y no todos podrian resistir al impulso de figurar en el más venerable cuerpo de la nacion, donde todos son de carrera consumada y de edad propecta. ¿Qué algo será este? No puede ser otro que el no poder asistir á él sin desdoro de su carácter sagrado. En una corporacion donde el individuo tiene libertad de blasfemar de todo lo que los prelados veneran, que de propósito deliberado hablan

contra la religion, no sólo en las discusiones de asuntos religiosos, sino en todo tiempo y hora en que les plazca herir las conciencias católicas, usando de la inviolabilidad del senador; no, no pueden estar los señores obispos. Si al menos se redujera la inviolabilidad á combatir científicamente las cuestiones, usando de argumentos intrínsecos á la causa, ya católicos, ya políticos, pudiera disimularse. El pecado es, que los sectarios aprovechan toda ocasion para zaherir nuestra sacrosanta religion, sin que los prelados puedan oponer otro correctivo que pronunciar un discurso, que da márgen para que se pronuncien veinte en contra, y de que los periódicos impíos que tanto abundan, se despachen á su gusto; ¿y cuántos saldrían á la defensa de una religion que públicamente no han abandonado los senadores? La historia lo prueba, y el hecho recientemente ocurrido con el señor senador Creus, lo confirma. Diciendo este que hablaba á un Senado de católicos, se le rieron en sus barbas, sin que hubiera un católico á quien hirviese la sangre, y pronunciase un discurso en favor de la catolicidad del senado, tan vehemente como elocuente; ¡católicos-liberales, este es vuestro campo, y no el de liberalizar carlistas!

Vuestros queridos obispos, á quienes tantos disgustos habeis dado con vuestras doctrinas y conducta, fueron desde lo referido en los hechos apostólicos, que no habia en Jerusalem ningun indigente, fueron los protectores natos de ellos; no han dejado de mirar por los pobres de propio derecho, hasta que han venido vuestros amigos á privarlos de ese oficio. Ellos fundaron hospitales para enfermos, casas de refugio para ancianos; ellos tenían el cuidado de socorrer por sí, por sus diáconos ó diaconisas á los necesitados de la ciudad, haciendo lo mismo en los pueblos grandes y pequeños los sacerdotes encargados de las parroquias; ellos miraban por los encarcelados, visitándolos como obispos para reconciliarlos con Dios, ya que no siempre pudieren reconciliarlos con los hombres, obteniéndoles un perdon; ellos cuidaban de los hospicios y casas de beneficencia de los cristianos, no reparando cuando llegase el caso, de llevar á ellos infieles, que al ver tanta caridad, abrazaban una religion que tales obras hacia; ellos procuraban á los pueblos todos los beneficios que podian, como jefes de una religion de que eran principales ministros; ellos inspeccionaban los montes de piedad, mirando por las necesidades de los artesanos. De aquí dimanó, que con-

vertido el imperio romano al catolicismo, los emperadores, prescindiendo de que tambien ellos tenian algunos asilos de la miseria, lejos de dar las casas de beneficencia á los legos, diesen á los prelados la direccion de las del imperio. Estos mismos emperadores dieron á los señores prelados autoridad de juzgar, ó confirmaron la que ejercian en los suyos, por la reprehension de San Pablo á los fieles que tenian pleitos y recurrian á los infieles. Lo que confirmaron tambien nuestros reyes godos. ¿Qué les habeis dejado de todas estas cosas? Habeis hecho lo que hicieron los turcos con el califa de Bagdad; quitarles toda representacion temporal, dejándoles sólo la espiritual, ejercida á gusto de quien dispone de la razon de la fuerza. Todo esto habeis hecho entre todos, y más los que os llamais moderados. Habeis hecho lo que San Pablo con San Esteban; los habeis apedreado con las manos de todos, aprobando los hechos consumados que aparentábais combatir.

Todos los liberales habeis contribuido á eliminar á los obispos y sacerdotes al recinto de la paredes del templo, donde aun no los dejais libres. Desde los primeros ministerios de Doña Cristina hasta el actual, capitaneado por el jefe público del masonismo, todos habeis contribuido á contristar, empobrecer y envilecer á vuestra madre, que tan solícitamente buscáis hoy, cuya vida depende de la conducta de Sagasta, colocado entre canovistas y radicales, entre moderados y castelarinos y pidalinos. Todos estos partidos doctrinarios que se combaten entre sí, ya no son de la época; la oportunidad, que consistia en la hipocresía, distingos y medias tintas, ya no tiene atractivo ni contenta á nadie; los federales, cantonales, internacionalistas, comunistas y socialistas, os combaten por vanguardia, los carlistas por retaguardia; de aquellos ó de estos será la situacion una vez colmada la medida. Todos los partidos medios, divididos y subdivididos al infinito, nada tienen que hacer ya, más que conservar los bienes adquiridos de la Iglesia, universidades, propios, etcétera; estos los reclaman los socialistas, porque así se lo prometisteis cuando les quitábais su Dios, ofreciéndoles sus bienes; ahora, recoged las tempestades que antes sembrásteis; estais demás, de nada servís ya. Entre las muchas cosas ya dichas, habeis obtenido la libertad de enseñanza, de matrimonio, de cultos; habeis hecho tres concordatos, que habeis cumplido por completo en lo que os favorecia, dejando sin cumplir lo que favorece á la Igle-

sia; no dejais que hacer á los venideros, sino el derecho de pedir cuenta de vuestra gestion.

Resulta de lo dicho en este capítulo, que vuestra mision ha concluido. Habeis dividido á los monárquicos; habeis hecho pelear católicos que habeis pervertido, con católicos que deseaban la pureza del catolicismo; habeis rebajado la realeza, suscitando guerras dinásticas; habeis dispersado la Familia Real, esparcida por toda Europa; teneis separado al hijo de la madre y del padre, que tanto han coadyuvado á vuestras miras; las hijas están aquí y los padres en París y Lóndres; los primos en el ostracismo; todo va á vuestro gusto; todo á pedir de boca; no teniendo bienes que ofrecer, no queda otro remedio que decuplar el presupuesto, creando destinos para contentar á los cesantes. En mala ocasion, unionistas, habeis desamparado vuestro respectivo campo para formar partido, aunque oficialmente digais otra cosa. Vuestro plan, eso era; de otro modo, los católico-monárquicos, no serian como Quevedo, que ni suben, ni bajan, ni se están quedos; no son, ni liberales, ni anti-liberales.

CAPÍTULO V.

JUSTOS MOTIVOS DE ALARMA EN LA COMUNIÓN CATÓLICO-MONÁRQUICA.

Presentados los anteriores capítulos á la consideracion de inteligentes ó imparciales, podrán decidir si la conducta de los católico-monárquicos es patriótica, y su alarma justa desde su punto de vista. Creada esta comunión por las circunstancias que se han apuntado, con el fin de combatir de frente la revolucion que se nos venia encima, y que con sus falaces promesas, halagüeñas predicaciones, se ha servido de la division de los monárquicos para dominar á los monarcas, teniendo aquellos, si no tanta fuerza como á la muerte de Fernando VII, por los intereses que han creado sus contrarios, y por la parte del pueblo que se ha ido con los que le prometen lo que los anteriores no le han cumplido, todavía poseen la suficiente para triunfar de todos el dia del desengaño, libertad para conocerse, unirse, con-

certarse, medios para descubrir los lobos con piel de oveja, y se verá la fuerza que aun tiene contra los liberales unidos, quienes mil veces se hubieran devorado sin el *bú* de los carlistas. Vencidos varias veces de un modo indigno de militares que aman su profesion, siempre han contado con sus propias fuerzas para emprender la pelea con más ánimo que habilidad, por la falta de preparativos. Por eso en la última intentona han sido impotentes los partidos liberales unidos, hasta que han recurrido á la monarquía y á la religion, como se dirá, sin olvidar la intriga. Siendo infructuosa la seducción de unos cuantos militares, que nadie obligó á lanzarse al campo del honor, segun ellos le llaman, es inconcebible que falten despues á sus compromisos, perdiendo su honor y su conciencia, y que luego los políticos imiten á los militares desertando de sus banderas de una manera tan indecorosa como inesperada.

Ya aquel general á quien los mismos liberales llamaban el verdugo de la Mancha, por las muchas crueldades que decian cometió, cuando trató de purgar dicha provincia de carlistas en la terrible guerra de los siete años; ya este mónstruo sin pudor habia recurrido al ardiz de atraer á los perseguidos con pomposas promesas, á fin de fortificar el partido moderado, débil por sí sólo, compuesto de todos los otros liberales para lidiar contra los progresistas exaltados; sedujo á varios impacientes ó pobres, ó amigos de figurar. Lo propio tenemos aquí, planes frustrados; solamente que la primera vez, la seducción vino de afuera, ahora se ha formado dentro. Los mismos católico-monárquicos se han pasado al enemigo con armas y bagajes. A poco de concluida la guerra, ó antes, ya un hombre que se llama muy católico, y al mismo tiempo liberal, habia manifestado su plan de formar un partido católico-liberal, con la sana intencion de concluir con los carlistas, quitándoles la mitad de su bandera. Se persuadió que sólo con fundar un periódico apoyado por prelados y personas religiosas, habia concluido con la comunión tantas veces sellada con sangre. Entonces no habia otro periódico católico, que *El Siglo Futuro*, que le hizo sucumbir. Debía ya tener inteligencias con parte de los que ahora se le han unido, ya de los mismos carlistas, ó tenidos por tales de siempre, ya de los agregados del liberalismo; los resultados han manifestado que los Pidales Mon son como sus padres, que ni se corregian, ni se arrepentian; han seguido infaliblemente su plan de seduc-

cion. ¡Infelices! ¿Si pensarán que nosotros somos como los liberales, que allá van donde les llama el presupuesto? Firmes en nuestros imperecederos principios, podrá haber disensiones, pero acabar con el partido católico, eso no. Todavía se han encontrado en Escocia católicos en el instante en que los ingleses concedieron á los papistas la libertad de conciencia, no obstante las horribosas persecuciones de aquellos protestantes.

Estoy en mi derecho de persuadirme que dichos señores siguen una consigna para hacer prosélitos en vez de obrar por amor á la religion. Su Santidad ha condenado al liberalismo sin distinguir de grados; ellos están en cuerpo y en alma dentro el liberalismo; luego llamando á ese consorcio á los católicos, los liberalizan, causando daños á la religion en vez de beneficios; y á sí mismos y á los atraídos. Cuando el hombre no tiene antecedentes para desconfiar de las personas, no se fija en cosas que parecerian cavilaciones en aquellos casos. Hacia tiempo que notaba en *La Fe* falta de entusiasmo en las peregrinaciones, ya en la primera á Roma, ya en la segunda, así como en las sucesivas.

Tambien me llamó la atención que al aparecer *El Fenix*, ahora veo que de las cenizas de *La España Católica*, la misma *Fe* preguntó si era de los suyos; siendo la respuesta afirmativa, dijo: «no esperábamos menos de las personas que lo fundan,» nombrando á dos; el primero desconocido para mí, el segundo conocido, y que habia sido escritor de la difunta *España*; noticia que no me llenó, si bien lo tenia por carlista, por haberlo sido acérrimo su padre, con cuya amistad me honraba.

Siempre me disonaron los elogios que *La Fe* hacia del que llamaba mónstruo, Sr. Cánovas del Castillo, si bien paliándolas las más de las veces con la comparacion de Sagasta. No comprendia cómo habiendo sido tan cruel é inhumano con los que tenian hijos en las filas carlistas, confiscándoles los bienes y persiguiendo las juntas carlistas (ya disueltas desde la caída del tribuno, seductor de las turbas, á las que habia dado un puntapié y obrado lo contrario de lo que habia prometido, organizando el ejército que tanto odiaba); que tan cruelmente habia tratado á sus queridos vascongados; mas ¡oh tiempo descubridor de los secretos humanos! Cuando la masa estaba en disposicion de hacer el pastel, nos hallamos con aquella humilde peticion de la fervorosa *Fe* pidiendo al orador del partido unionista un discurso. No importando aun el saber sobre qué asunto, no me

acuerdo si lo manifestó; lo que sí recuerdo es que decía: «Un libro es leído de pocos, lo que conviene es un discurso, que será leído en todo el mundo. Los periódicos religiosos lo copiarán íntegro; los de oposición lo copiarán en sus párrafos más salientes.» El memorial no tardó en ser decretado favorablemente; cuando, salvo los promovedores, nadie esperaba la respuesta, héte aquí que el Sr. D. Alejandro nos regaló una cosa que parecía un discurso, cuatro palabras mal concebidas, adulando y llamando á las honradas masas carlistas, tan inhumanamente tratadas por todos los liberales desde que no quisieron formar parte de la Junta central católica, formada por el siempre liberal Marqués de Viluma. ¿Pero fué por no contribuir á sostener los intereses católicos? Las firmas contra la libertad de cultos lo atestiguarán; cuantas veces se han pedido, las hemos dado; fué porque no las inspiraba confianza el marqués. ¿Por qué los liberales no accedieron á la formación de una junta de hombres sin compromisos políticos? ¿Pertenece el Sr. Cánovas á los formadores del partido católico? ¿Se había desprendido de todos sus hábitos progresistas? Declaró el Sr. Mon que se llamaba á los antes tigres, y hoy honrados carlistas. ¿Es que los carlistas somos ya mansos corderos, ó masa blanda para que hagan pasteles D. Antonio, D. Alejandro y algun liberal, que viendo por hoy en baja á la comunión católico-monárquica, quiere volver á las ollas de Egipto? Estos señores hablarán de formar una seccion católica ó una cofradía en que los socios se dediquen á practicar obras de misericordia, corporales y espirituales, como lo es ahora por haber fracasado el consabido plan del turno pacífico de los partidos; el del furibundo Zorrilla, pidiendo cadenas y mordazas para los obispos y sacerdotes, con el oro y plata de las iglesias, y demás zarandajas; y el de Cánovas hecho católico, apostólico, romano, para poder comunicar hasta en el más íntimo pensamiento con los católicos de siempre, sumisos y á las órdenes de los sacerdotes, obispos y el romano Pontífice. De esto podrán dar razon *La Fe y El Fénix* (a) *La España Católica*.

Tratábase de union católica, hemós de suponer puramente católica; parecia lo más natural que los católico-liberales, cansados de oír blasfemias en el Senado, en las Córtes, en los Ateneos, en las Academias, en los círculos literarios y políticos, hubieran dicho, imitando la conducta del Apóstol á los judíos: «Porqué repleéis á la palabra de Dios, nos vamos á buscar á las gentes á queie-

nes Dios ha abierto el corazón para oír y entender las cosas que dicen los católicos obispos. Nos vamos á poner de acuerdo con los católicos, que siempre han derramado su sangre á la voz de Dios, Patria y Rey.»

Con esos hombres, que indignados con lo que nuestros mayores, nosotros mismos hemos hecho contra la Iglesia, que es nuestra Madre; que nos habíamos hecho sordos á las llamadas de nuestro adorado Pontífice romano, á las exhortaciones, exposiciones de nuestros venerandos obispos, nos recibirán con los brazos abiertos. Y ¡cuántas veces nos habíamos mofado de nuestros párrocos, y los acusábamos porque nos decían que los gobiernos liberales perseguían inhumanamente la Iglesia de Dios! No os escandaliceis porque os he llamado perseguidores; no entiendo injuriar á las personas que quizás y sin quizás sean en los ojos de Dios más meritorias y santas que este pobre pecador; hablo de los partidos. Desafío al más encasquetado liberal que, conservando ideas católicas, se haya visto cerca de la cabecera de un moribundo de sus ideas, que no ha tenido que arrepentirse de las obras liberales que hizo ó aprobó contra la Iglesia como institución, ó contra los templos, monasterios, diezmos y primicias. Desafío al mismo á que me diga si ha visto retractarse, ó que el sacerdote le haya pedido que se retractase alguno de haber sido católico-monárquico; de seguro que no me dará un ejemplo, á no ser de algun exceso de celo, que no aconseja el Evangelio.

Nos atruenan los oídos con que nosotros no podemos excomulgar á nadie que comunique con los señores obispos. Es por tanto conveniente hacer una explicación del equívoco. Si se entiende de una excomunión canónica, convenido; teniendo empero en cuenta, que los señores obispos, por la posición que ocupan, *ad majora vitanda mala*, para evitar mayores males, hablan y tratan con muchas personas que en otras ocasiones hubieran excomulgado; pero no obligan ni obligarán á ningún buen católico á comunicar con ellas, á no ser un sabio sacerdote ó seglar, á quien dé el encargo de comunicar con aquella persona, para ver de atraer un alma descarriada; que es la razón porque los señores obispos tratan y se muestran indiferentes con los mismos á quienes en mil ocasiones tienen que dirigir enérgicas, aunque humildes representaciones, de las cuales se rien casi siempre las personas á quienes los prelados se creen impedidos

á mandar súplicas, que en otros tiempos hubieran sido sancionadas con la pena de excomunion.

Los señores obispos hacen esto, sin obligar á que siga su conducta ningun fiel á quien su conciencia dicte huir de Babilonia y de los babilonios que le pueden arrastrar al mal; excomunion que los buenos católicos lanzamos cuando decimos á los simples: No leais tal libro ó tal periódico, porque os inficionará; no habléis con tal persona, porque os seducirá; no oigais tales doctrinas, porque os perjudicarán. No creais á los liberales mansos ó furibundos, porque os contaminarán. Para esta clase de excomuniones están en su derecho los católicos y los liberales. Vaya una apuesta; ¿á que no hay un liberal que lea este toseco escrito, que aconseje á leerlo á ningun imbécil de su partido? Cuando más, lo haria con algun estudioso de aquellos que no quieren que otro les cuente las cosas, pudiendo ellos mismos enterarse de ellas; y aun esto seria por las verdades ó claridades que digo á todos cuando se presenta la ocasion.

Nosotros nos creemos depositarios de la verdad católica; creemos que sin nuestros esfuerzos España seria protestante; que estaría mal, sin por eso confesar que está bien; mil veces peor que Méjico. Aparentemente no estamos tan mal, porque todos los partidos que han pasado por el poder y sus allegados, se han enriquecido, pasando luego de revolucionarios á conservadores. Apelo al famoso Rivero, ¡qué republicano Rivero! que mientras le teníamos por el jefe de los republicanos, se convirtió en monárquico el dia que cayó Doña Isabel, por la sencilla razon que derribando las murallas de Madrid, se podrian hacer contratos Erlanger, pasando de un mediano trato á vivir á lo aristócrata. Apelo al graco Castelar, que republicano cuando habia monarquía, se hizo monárquico luego que hubo república; que me desmientan los artilleros, Zorrilla y el general Córdoba, que los dislocaron. A que no me desmiente el periódico *La Verdad*, que se publicaba entonces, y nos dió la noticia de haber escrito Castelar, antes tribuno de la plebe, ya excelentísimo señor, una carta á doña Isabel, consolándola y diciéndola que aun podria presentársela una ocasion de que volviera á España; fiadores, Pavía, Sanchez Bregua, Serrano y el patricio Sagasta. Los que tenemos fe de que han de venir dias mejores para España, y que estos no se los han de dar los liberales, estamos seguros de que antes de estos, y no tardarán, vendrán dias pésimos, y que los únicos ca-

paces de curar las llagas de la paciente madre patria, seremos nosotros con nuestro lema: Dios, Patria y Rey. Cuando vengan los días de prueba, de poco servirán las uniones políticas, como no sirvieron los moderados, reunion de todos los partidos, que unos tiraban mucho de la cuerda y nada les bastaba; otros aun la tiraban más, pues querian acabar con todo; los últimos eran católico-monárquicos, envidiosos de los olímpicos liberales, que de un salto se habian hecho condes, marqueses, duques, y ¡cuántos opulentos banqueros! Viendo luego muchos beneméritos patrióticos que los moderados hacian concordatos para hacer válidos los hechos consumados por todos los liberales, y que chupaban la breva de la desamortizacion, en union de los benévolos carlistas, que estimaron las harturas del presupuesto, formaron otra union unos beneméritos generales, que viendo á Espartero pavonearse con su manoseado apotegma: «Hágase la voluntad nacional,» cogiendo la manzana que se habia propuesto saborear O'Donnell, dió este al traste con la nonnata Constitucion y con el himno de Riego, que nos alegraba de instante en instante, formando otra union un tanto más ordenada, que á su vez no agradó á Prim, ni por fin á Serrano, gran fusilador de artilleros, que fueron despues desagraviados con los ascensos de los que huyeron de la boca del fusil. Por no contaminarnos con estas gentes, no queremos seguir á los que nos han abandonado, para formar otra union que no ha cuajado, por la patente razon de que quien en nada se ha rehusado á escuchar la voz del pastor y su amoroso silbido, no ha menester formar juntas de union de católicos, dividiendo á los que estábamos unidos, por tratar de llevarnos á los piés de los Pidales, Cánovas, Martínez Campos y Sagasta, con los diez y siete generales que formó en frente de Cánovas, á fin de moverlo á que le diese el mando por amor de Dios.

CAPÍTULO VI.

LOS VENIDOS LIBERALES ¿SON LO QUE ERAN?

Esta pregunta nos podíamos evitar si fuésemos un poco más crédulos en la sinceridad de todo lo que huele á liberal; pero te-

niendo demasiadas canas y habiendo vivido bastante tiempo donde se aprende á conocer el insondable corazon del hombre, no podemos dejarnos engañar. Somos los mortales tan miserables é inconstantes en el poco bien que hacemos; el necio, nos dice, quien no sabe mentir y sabe castigar la mentira de Ananías y Zafira; el necio se muda como la luna. Esto se entiende hablando del pecador, y como no hay hombre que no peque, no hay hombre que no sea necio. Lo que este necio tiene hoy por bueno, mañana lo mira como malo; y tan malo, que si pudiera no dejaría rastro de sus obras anteriores. Dígalo Victor Hugo; cuando vivía su madre, poeta cantor de la religion, hoy frenético chantre de democracia atea. Dijo el incipiente ~~En~~ su corazon: no hay.....» no lo pronuncio, imitando aquellos idiotas que no admiten la costumbre de negar lo que á todas horas deben estar alabando, para tener la satisfaccion de probar su existencia; siendo estos idiotas los que entran en el reino de los cielos, mientras nosotros, con nuestra hinchada ciencia, entramos en los infiernos.

Grande sería la victoria si llegasen á renunciar el funesto título de liberales. ¿Lo harán? Creo que no. Han hecho el llamamiento á las honradas masas carlistas, mas no para irse con ellas. Son de los que no se corrigen ni se enmiendan. ¡Cuán satisfactorio sería para los señores prelados verlos llegar á sus piés, postrarse en tierra y decir: Aquí teneis rendidos, humillados y reconocidos á vuestros más irreconciliables enemigos. Aquí teneis á los que, desde las Córtes de Cádiz, ó sus hijos, no han cesado de blasfemar de Dios y de su hijo y enviado Jesucristo; y si á tanto no han llegado, todos los han aprobado, aumentando el número ó votando con ellos; empuñando sable para matar á los campeones del catolicismo, únicos defensores de los sucesores de San Pedro y demás apóstoles, llamándolos facciosos cuantas veces escribian alguna cosa contra nuestras perversas y pésimas doctrinas. Aquí teneis á los libre-pensadores, que, imitando á los anteriores herejes, han imitado al apóstata Lutero, recapitulador de todos los antiguos errores, poniendo en práctica todas las malas doctrinas que él enseñó, leyendo libremente todo libro, por dañoso que fuese, practicando la doctrina de que el pensamiento es libre, ojeando á todo instante tantos periódicos liberales, ninguno del todo bueno, quasi todos á cual peor, desdeñando y ultrajando cuanto por correctivo se escribia contra nosotros, volviéndonos contra nuestros maestros cuando nos combatian con sus escritos, comprando

con más avidez los libros que condenaban. Aquí teneis los perseguidores y matadores de frailes, que tantas buenas obras han hecho, trabajando en su propia santificacion y en santificar á los demás, cuando otros vándalos como nosotros todo lo destruian y talaban, y mataban á pobres ancianos y niños, á ricos y magnates, para no tener quien contra ellos se rebelase cuando se apropiaban lo ajeno, no dejando hombre robusto á vida para continuar en la tierra conquistada sin temór ni peligro de que se lo quitasen; respetando sólo á aquellos solitarios que habitaban en las cabañas, en los riscos ó en sus monasterios, dedicados á la penitencia, á la contemplacion de las cosas divinas y de la vida eterna, como á la consideracion de la caducidad de las cosas humanas, cuyos monasterios respetaron por la veneracion que les infundian aquellos hombres angelicales.

Nosotros somos lo perseguidores de todos los eclesiásticos que no eran liberales, ó los descendientes de aquellos, que arrepentidos de nuestros excesos, tratamos de reparar tamaña falta, convirtiendo en respeto los desacatos anteriores; nosotros somos los que os llamábamos facciosos siempre que os oponíais, llevados de santo celo, á nuestros malhadados planes; nosotros somos los que sellamos vuestros labios para que no hablasen una palabra que nos disgustase; los que rompíamos vuestras plumas, llevando vuestros escritos luminosos á los tribunales; nosotros somos los que hemos causado ese mutismo que, más ó menos forzosamente, os habeis visto obligados á observar desde la muerte del último monarca, cerrándoos todas las puertas en que antes entrábais por vuestro carácter sacerdotal; nosotros os hemos incapacitado para entrar en los Consejos de la corona, por no oír una voz sincera y amorosa que nos recordase nuestros deberes, llamándonos de nuestros desvarios; nosotros hemos desterrado á vuestros sacerdotes de los Congresos de la nacion, para no tener que oír una voz autorizada que pusiese siquiera no fuese más que un correctivo á nuestras demasías.

Y ¿qué diremos de los periódicos? De los nuestros eran, si no nosotros, los que han propalado tantas calumnias contra vosotros, tantos falsos testimonios, tantas exageraciones, llenándose de gozo cuando de algun pueblo llegaba una carta verdadera ó falsa, exagerada ó mal relacionada, sobre entierros, bautizos, matrimonios ó algun encuentro con algun alcalde de monterilla; porque en tiempos moderados se daba intervencion á los pár-

rocos en la ejecucion de algunas leyes, con el piadoso fin de que estos fuesen y viniesen al llamamiento del alcalde, aunque fuese cuando se hallaban en el cumplimiento de sus obligaciones, si no les daba por la contraria de no contar con ellos por mortificarlos, siendo celosos, y porque no hablen con cierta autoridad que contuviese al representante de S. M.

CAPÍTULO VII.

LOS CARLISTAS ¿QUÉ SON?

Ya se ha dicho cuándo, cómo y por qué se fundó la union católico-monárquica, por la cual tantas súplicas se han hecho á Dios en todos sus templos, tanto españoles como extranjeros, porque todos los católicos del mundo, estaban por nosotros mayormente de los que viven entre protestantes, y Dios en sus altísimos juicios nos ha reservado la vida para ver una cosa que no se registra semejante, como dirían los galicanos, franceses, jansenistas, en la venerable antigüedad. Se han visto cismas y heregías, disputas entre católicos por la preferencia de un sistema religioso como más conveniente que otro para explicar los sagrados dogmas; pero nos faltaba ver que los fautores del sistema liberal, que abraza todas las heregías y todos los horrores y errores se hayan llevado á su estadio á los campeones contrarios al error, quedando ellos en su campo, más ó menos liberal, pues todos, desde los nuevos federadores hasta los más incendiarios, se han unido siempre contra los antiliberales, apoyando y defendiendo las repetidas condenaciones. Siempre los hijos de las tinieblas han sido más astutos que los hijos de la luz, viéndose bien claro que no puede engañarse quien lo ha dicho. Desde que el funesto liberal Pidal y Mon se propuso aumentar el liberalismo, son innumerables los liberales convertidos al catolicismo, los cuales no han cesado de dirigir el ariete liberal á las huestes religiosas, puras, sin mezcla de salvedades ni conexiones con los enemigos de Cristo y su Iglesia, habiendo logrado una victoria que nadie hubiera imaginado. ¡Qué victoria! No de pobres labriegos ó artesanos, no de gentes rudas é ignorantes, sí de gente culta é inteligente; de gente que, los más de ellos, han sido fir-

mes baluartes y torreones del alcázar de la verdad, que han ido á confundirse con los propagadores del error y causantes de todos los males que las personas sensatas tantas veces han deplorado.

¡Oh flaquezas humanas! ¡Oh perturbacion y volubilidad humana! Aquellos hombres que formaban la junta carlista, que nada hicieron en beneficio de la causa, que aparentaban defender la religion y la monarquía (sin trabas á la inglesa), donde los reyes reinan y no gobiernan; aquellos que predicaron una guerra que las personas sensatas no hubiéramos aconsejado; aquellos que en la juventud católica, ya liberal de hecho, calentaban las cabezas de los aficionados á la guerra; aquellos que á tantas madres han hecho derramar lágrimas por la muerte de sus hijos ó esposos, á tantas mujeres por la pérdida de sus maridos, á tantas jóvenes por sus novios, á tantos corazones sensibles á las dulzuras de la amistad, por la desaparicion de sus amigos; aquellos hombres sencillos que no tienen más malicia que los niños; todos estos han abandonado el centro donde antes, si no creían, aparentaban creer que únicamente se hallaba la salvacion del alma y de la patria en la comunión católico-monárquica; se han marchado sin despedirse. ¡Doble flaqueza humana!

Se han marchado sin despedirse, y aun despedidos, dicen que pertenecen á nosotros. ¡Ojalá fuera verdad, que no lo justifica su conducta! Llamados por los hipócritas de siempre, debieron desconfiar de ellos, en el mero hecho de no querer cambiar de bandera viniéndose á la nuestra; debian haber consultado con personas duchas en las maniobras de los revolucionarios, hábiles en urdir estratagemas para engañar á los escrupulosos, diciéndoles que el pensamiento era de los señores obispos, ganosos de unir á todos los que se dicen católicos; pero no han discurrido que no es lo mismo decir que hacer.

Si alguien me dijese que se puede ser excelente católico y mejor liberal, se lo niego; sólo se lo concedería si fuera separable la persona moral de la física. No siéndolo, y siendo el responsable moral de todos los atentados liberales, no hay clérigo liberal que no aspire á colgar los hábitos, por hallarse entre ellos, por no disgustar á unos inconsiderados padres, que lo han inducido á una carrera para la cual no tenia vocacion, ó porque las pasiones se han exacerbado despues; los demás son responsables de todas las fechorías liberales contra la Iglesia; de otro modo hablaría, no tratándose más que de cosas puramente humanas; entonces

diría con el Apóstol: «Cada uno abunde en su sentido.» ¿Habrá un clérigo tan insensato que no se regodeara de ver á la Iglesia en el estado en que se veía á principios del siglo, no costando más que dar el salto? Creo que no; sin embargo, no quiere mejorar de suerte mientras apoye á los liberales de presupuesto.

Dicho esto de pasada, de que se tratará despues, hablemos de los que fueron y aun se dicen nuestros, y digámosles, ¡oh insensatos gálatas, quién os ha fascinado? Allá cuando en la golosa hubo un tiempo en que se hablaba y escribía lo que se quería, muchos de vosotros nos recreábais con vuestros escritos, donde probábais que la comunión monárquica era la única áncora de salvacion, el arca de Noé donde todos podían salvarse, que era el único partido decente; ahora ¡infelices! os habeis pasado á los que antes nos designábais como los peores enemigos, los moderados y los católico-liberales, como más insidiosos.

Ahora os habeis ido con ellos de un modo tan indigno, que los más plebeyos y menos ilustrados no hubiéramos osado ni aun meditar, cuanto menos intentar. No sólo habeis ido donde no debeis ir, sino que lo habeis hecho pensando que con vosotros iba por lo menos la bandera religiosa. ¡Qué solemne chasco os habeis llevado! ¿Quién hubiera dicho que al hablar del Sr. Conde de Orgaz *La Fe*, y llamándole el único caballero digno de ocupar el puesto que ocupa Nocedal, se habia de pasar á los liberales? ¡Bonito hubiera estado que este exclarecido caballero, apenas constituido en el lugar del aborrecido Nocedal, á quien no conozco, se hubiera pasado con los demás honradísimos caballeros á formar un nuevo partido, como era el plan frustrado; si bien, no de tal manera, que no nos proporcione alguno de los pasados el gusto y placer de ver un ministro carlista entre los liberales, para hacernos creer que ese es el camino para llegar á nuestro *desideratum*. Lo donoso del caso es que tengan valor para decir que lo han hecho para servir mejor la causa que antes unos defendían, y otros aparentaban defender. ¡Es posible que los lectores de *La Fe* y los del *Fénix*, antigua *España católica*, no hayan conocido la red que les han parado, haciéndoles creer que su guerra es á Nocedal! ¿No conocen que todo eso no tiene otro objeto que el de tenerlos engañados hasta que llegue el tiempo en que puedan quitarse la máscara y decir: Viva la union? No conocen que los tiros van más altos, pasando por encima de Nocedal; como diría Olózaga, los tiros son.....

Señores, viendo estoy, y no paso á creer lo que ven mis ojos y mis manos palpan y añadiré á lo dicho: si me dijese que la persona más elevada había imitado á Judas con Tamár diría: posible es, es hombre; si dijese que la persona más encumbrada en poder, ha tirado un pistoletazo á un servidor suyo, diría creible es, es hombre. Pues á pesar de tanta credulidad en la flaqueza humana, todavía se me resiste el creer lo que todos saben es un hecho, como hoy se dice, consumado. Unos hombres ante quienes, aun los enemigos se descubrirían con respeto, según el dicho del bueno de Aparisi Guijarro, han pasado á ser el oprobio de las gentes. Ellos no habrán dado en el caso; pero es lo cierto que son peores que Maroto y Cabrera, por que á lo menos estos tenían la disculpa de dar la paz á la patria, acabando una guerra que tanta sangre derramaba y tesoros consumía; tenían en su favor los deseos de los mismos combatientes, de poner fin á una guerra que ya no podía producir los resultados que la promovieron, errándola solamente en no hacer una capitulación, en que no hubiera vencedores ni vencidos, y sí una transacción decorosa para ambas partes. Pero vosotros, los que siempre fuisteis carlistas porque érais católicos y deseábais antes morir que ver á vuestra religion ultrajada, ¿cómo habeis perdido el juicio hasta el punto de pasaros al campo enemigo, creyendo servirla mejor, donde no se la ha matado, porque todavía no ha llegado el tiempo de que apenas haya fe en la tierra? Os compadezco, señores míos. No lo extrañaré tanto en los que, habiéndose venido hácia nosotros, porque así lo dispusieron los superiores misteriosos para sus tenebrosos planes; tampoco lo extrañaría de los que creyeron un hecho el triunfo de D. Carlos, ya que pocos pensarían que los mismos revolucionarios hubiesen pensado traer al hijo de la destronada, temiendo represalias; y porque estos no eran carlistas de veras, sino de circunstancias, de mentirijillas; á no hacerles el agravio, que no sería infundado, de haberse venido para entorpecer nuestros negocios. Que todos estos hayan hecho lo posible para salirse de un sitio que no era el suyo, y cubrir así la piel del lobo conservando la de cordero; que hayan trabajado para no irse solos, se concibe; lo inconcebible es, que los de siempre no hayan conocido el lazo que se les ha tendido.

Hablando con personas religiosas, les preguntaré como Labán á Jacob: Ya que tratabas de marcharte, ¿por qué no me lo has manifestado? Por grandes que fuesen las injurias del superior aban-

donado, ¿las habeis manifestado quejándoos de los malos tratamientos? ¿Por qué no recogisteis todos los datos que pudiérais adquirir probando que Nocedal, no sólo era capaz, como todos los hombres, de jugarle una mala pieza, sino manifestarle que realmente la estaba tramando? Jamás faltan pruebas cuando se trata de una cosa que el hombre no puede hacer sólo, y por mucha que sea su cautela y el secreto de los conjurados, siempre hay quien se niegue á la insinuacion, quien se arrepienta, y quien sea frágil, ó más hábil que él, sonsacándole el plan, aun sin comprometerse. Hecho esto, era vuestro deber de caballeros y cristianos hacer un manifiesto de despedida, declarando á la faz del mundo entero que no lo hacíais para marcharos al bando contrario, sino cada uno á su casa, quedando cada cual desligado para irse solo ó en grupos, á donde más le llamase su interés. A no ver la torpeza de tantos hombres sabios, no lo hubiera creído; ni siquiera se le ha ocurrido á uno de ellos aquel adagio tantas veces repetido en sus contestaciones á los enemigos de ayer, y amigos de hoy: *Quos Deus vult perdere prius dementat*. Formar una Junta tan grotesca sin contar con nadie, al parecer so pretexto de felicitar á un obispo francés, sólo se les ocurre á unos escolares novilleros, y por añadidura universitarios. El llevarla despues á la aprobacion de los obispos, es simplemente una simpleza, pero premeditada. Hablando así á los que no estuviesen en el secreto, era comprometerlos, era engañarlos. Fracasado el plan del partido católico, probablemente porque nó todos quieren aparecer traidores no siéndolo, se recurrió al expediente de la Junta central, con entera dependencia de los prelados, no habiendo otro medio de cubrir el pastel. Su primer pensamiento, como el de la antigua Junta liberalesca de Viluma y la Fuente, el transigente, no fué ese. ¿Si lo seria tambien con los herejes cuya historia ha formado, y le ha valido el insigne honor de que los católicos sin añadidura lo tuviésemos por nuestro? Su primera intencion no fué la de dar la direccion á los prelados, sino el consejo, la aquiescencia, mas no la dependencia; la pildoreja es amarga, sin que haya arbitrio de no tragarla, y de que nosotros nos podamos reir de ver á tan insignes barones y varones convertidos en monaguillos de nuestros señores obispos; por muchos años sea, para bien de la Iglesia y desengaño de los que, en vez de unirla, la han dividido; se hablará en otro lugar del mismo asunto.

CAPÍTULO VIII.

SE ENGAÑA Á LOS ESPAÑOLES QUE SE DEJAN ARREDRAR
PORQUE SU SANTIDAD HAYA BENDECIDO LA UNION.

Entended bien lo que os digo en el presente capítulo, que bien entendido, caen por tierra todas las alharacas de los liberales, levantando el grito al cielo, imputando á los carlistas que para fines políticos abusaban de la religion; calumnia tan atroz, que difficilmente podrá haberla mayor. Que haya carlistas sin serlo que escriban periódicos carlistas con dos fines, el de *pane lucrando*, y el de escribir en un periódico liberal refutándose en un carlista, dicen que puede ser, como el que alguno se comprometa á ser redactor para saber y contar lo que en la comunión católico-monárquica pasa, puede ser muy cierto. Yo he conocido uno que no tenía nada de católico, pues decia y repetia: Nada siento más, que el ver tan unida la causa de D. Carlos con la de la Iglesia; este, por lo menos, no abusaba de la religion, pues la escarnecía. Podrá ser que alguno abuse de la religion para ensalzar el partido, no siendo muy católico; pero todos, es la injuria tan atroz como inverosímil á los que no quieran negar la evidencia. Que hay dos bandos esencialmente distintos, compuestos de liberales, desde el más retrógrado al par que más religioso, hasta el más socialista, lo saben y resaben los niños; que el otro es religioso, que se ha propuesto defender la religion al mismo tiempo que un principio político, lo saben de memoria los más ignorantes liberales; que nosotros no siempre somos ni tan santos y virtuosos como debíamos, lo confesamos; que haya liberales de mayor moralidad que nosotros, por mí mismo, lo confieso; quisiera ser como alguno de ellos; tampoco seria digno que ninguno me creyese, si no confesase que puede darse y concederse que haya liberales de buena fe y al mismo tiempo religiosos, aunque difficilmente por aquello de que, hechores y consentidores, todos pena por igual, y porque, constándoles que siendo nuestros principios esencialmente religiosos, se ponen de

parte de los liberales, con perjuicio de la religion; tambien confieso que hay alfonsinos sin ser liberales, pero que quieran ó no los apoyan.

Hechas estas confesiones, entremos en nuestro asunto. Los liberales no creen lo que dicen cuando nos acusan de abusar de la religion para fines políticos; eso es falso. Digan en mil ocasiones: las costumbres de estos hombres no corresponden á la religiosidad que propalan, y no reñiremos. Así como vosotros afrentais más de cuatro veces la buena índole que Dios os ha dado siguiendo una mala causa, así nosotros afrentamos nuestra religion alguna vez. Pero tanto como los liberales, eso de ningun modo que teneis por religion el vientre, *et quæ infra ventrem*. ¡Entre nosotros puede haberlos por temperamento, mas por doctrina pocos, y no serán muy estimados. Lejos de abusar de la religion, hemos procurado sostenerla siempre, y si no siempre, hemos adelantado, hemos evitado que totalmente se suprimiese, por no decir extinguiese como en Asia, su cuna, etc., y no hemos hecho más porque no hemos tenido guías. No falta quien ha llegado á proponer el apoderarse de las iglesias que iban á derribar, y decir: moriremos bajo las ruinas como Sanson, pero no saldremos; con esta conducta no hubieran caído tantas. Recuérdese la ciudad de Siria, cuyo nombre no tengo presente, en cuya iglesia iban á quemar á todos los cristianos que no abjurasen, y no hubo uno que apostatase; es más, una pobre mujer que no habia llegado á tiempo, fué corriendo con su hijo para no perder la corona del martirio. Hubieran hecho esto los católico-liberales, y sus amigos no hubieran pasado tan adelante, ni tendríamos que estar siempre con la misma cantinela del abuso de la religion que ellos abandonan, salvo ahora, que se ponen á la cabeza.

El partido carlista es el más nacional que hay, es el querido de todas las personas sensatas y católicas; no habrá muchas de las que confiesan y comulgan, van á misa y cumplen con todos los deberes religiosos, que no deseen un gobierno que vaya á misa todos los dias de fiesta, y en lo posible á la misa parroquial. Por una de aquellas cosas que no se sabe á qué atribuir las, hay muchos que no tienen nada de religiosos, y sin embargo, guárdese usted de decirles que no son católicos; ellos no cumplirán con ninguna práctica religiosa, habrán sido toda su vida enemigos de la Iglesia, no recibirán ningun sacramento, mueren como han vivido, y los gobiernos liberales les hacen pomposas exe-

quias; obligan al clero á la asistencia; el clero asiste á ellas como si asistiera á las exequias de un santo, y los demoledores de las iglesias y degolladores de los frailes son enterrados en las que no han caído. ¿Dónde está la fortaleza eclesiástica? ¿Es esto abusar de la religion?

Empero estos han sido los azotes de la sociedad, los promovedores de los motines y pronunciamientos, los promovedores y sostenedores de las guerras, que despues no saben acabar militarmente, sino con la seducción y el cohecho. Que los carlistas son los más simpáticos al país, nadie lo pone en duda; esto lo han dicho en las Córtes el de la llamada á las honradas masas carlistas y el autor de las leyes draconianas, que han hecho pagar á los padres acaso la calaverada de un hijo que ellos han sido los primeros en maldecir; y este autor de los incendios y otras lindezas, tiene ahora la simpleza de llamar las honradas masas carlistas, confesando al propio tiempo que ninguno de los bandos liberales ni todos juntos, forman cuerpos de ejército contra gobiernos que tienen muchos miles de soldados, que tienen todas las fuerzas y fortalezas de la nacion, disponen de sus tesoros y cuentan con la diplomacia de todas las naciones liberales.

Esto prueba lo contrario de lo que vociferan contra los carlistas. Las honradas masas carlistas no darian sus hijos á unas gentes que abusasen de lo que más ellas estiman, á no estar seguras que lo pasado era mejor, á lo menos para las mismas; que lo que ha venido despues, traído por los hijos de los inclitos varones que llevaron la luz de la fe y de la morigeracion de costumbres á gentes que nada sabian del Dios muerto en una cruz, que revestido de nuestra naturaleza humana quiso rescatarla tomándola forma de esclavo. Vosotros, desde los formadores del círculo católico-liberal, hasta el más furibundo internacionalista, lo sabeis bien, por eso tratais de matarlo todos unidos.

Dicen los liberales todos, y á boca llena, que nosotros abusamos de la religion para fines políticos. Pero entremos de lleno en los abusos de los liberales, para engañar con su hipocresía religiosa. Despues de concluida la primera guerra, concluida por medio de la fracción masónica, lograron de Pio IX lo que no pudieron obtener del valiente Gregorio XVI. Sabiendo que la Iglesia es madre piadosa y despreciadora de las riquezas cuando es necesario para la tranquilidad de las naciones y sosiego de las

conciencias, acudieron á ella, siendo tan generosa como no podían ellos esperar. Lograron un concordato, perdonando todos los desafueros revolucionariós y las depredaciones.

Sus cuatro primeros artículos son palabras de que jamás han hecho caso los mismos moderados que lo obtuvieron. Lo demás lo han cumplido cómo, cuándo y de la manera que les ha dado la gana; ¿es esto abusar de la religion, sancionando de este modo las conquistas revolucionarias? Y los otros dos concordatos que le han sucedido como apéndices, ¿han obtenido la compensacion estipulada? No, no, no. Y esto, ¿es ó no es abusar de la religion? No para aquí la astucia hipócrita de la serpiente. Siempre dispuestos á quitar á los carlistas lo que naturalmente les da valor y eficacia, acudieron á un medio que les ha dado el mejor de los resultados. Ignoro si en alguna ocasion y en otras naciones los Papas han sido padrinos de los hijos de los reyes; no recuerdo haberlo leído; lo que sé, es que acudieron á su amigo, Pio IX, y fué padrino de D. Alfonso. Lo llevaron á Roma los devotos á que recibiera la primera comunión. Esto ¿cómo se llama, abuso ó respeto á la religion?

Lo que acabamos de narrar respecto á nosotros, acaba de verse en Francia. Los republicanos del peor género forman el designio de abolir las órdenes religiosas; la nacion católica, seguida en esto de los otros partidos dinásticos, se opone; triunfa en el Senado. Los republicanos se valen de leyes antiguas, que saben muy bien los que las desentierran que son nulas en virtud de la Constitucion; quieren los franceses que las órdenes religiosas continúen, no en virtud de gracia pedida y no negada, sino por el derecho de ciudadanos. La astuta revolucion penetra que todo se arregla en Roma, manifestando acatamiento; negocia, se hace el acuerdo, se trata con los obispos; estos consienten ó no; pero los franceses, católicos y sumisos al Papa, ven en esto un afianzamiento de la república, siguen con su empeño de que las órdenes han de subsistir por derecho propio. Esto ¿cómo se llama? ¿Será la república francesa, católica, apostólica, romana? Esto es ser astuta. Gregorio el Grande, Gregorio VII, ¿dónde estais? Alejandro III, Inocencio III y IV, ¿qué es de vosotros? Y tú, Sixto V, ¿por qué no resucitas? Enseñarías á sostener la Liga católica, para que la corona de los cristianísimos reyes de Francia no recayese en el hugonote rey de Navarra, apoyado por los protestantes y los pancistas políticos.

Lo que hoy pasa en España es comprobación de lo antedicho. Los Pidales y Mones, sucesores de los causantes de lo que lloramos, no han cesado de mover los resortes, trabajando con ahinco para destruir el ariete de la revolución, la comunión monárquica. Han llorado y plañido, gemido y suspirado con lágrimas de cocodrilo ante los católicos carlistas; han estudiado el estado del partido; han encontrado que muchos no sufrían la dirección concedida á Nocedal, que repito no conozco; vieron cómo había anonadado al gran demonio de la revolución, reduciendo al silencio á *La España Católica*, por falta de suscripción, y apelaron á la industria. Buscaron falsos carlistas, que serán bien conocidos de los fraguadores del plan. En vez de *España* llamaronle *Fénix*, buscaron suscritores carlistas, en tanto madura el plan, en que toma parte *La Fe*, y héte el pastel amasado; no falta más que cocerlo; de esto se hablará en el siguiente capítulo y otros.

Concluyo esto, diciendo á los carlistas que no se dejen engañar ni desconfíen; vivan unidos, que los vientos revolucionarios arrecien; el resultado podrá ser fatal para los formadores del milésimo partido liberal, titulado Union. Cuando no vean otro faro que el que á nosotros nos alumbraba, entonces nos dirán como las vírgenes necias: «Admitirnos entre vosotros.» Entonces los políticos que hoy se van con los que pueden dar, os halagarán, y aun mirarán más lo que hacen en vista de las quejas de portugueses, franceses, que un periódico romano ha injuriado; austriacos, milaneses, venecianos, que echan de menos á los austriacos, modenenses, placentinos, florentinos, romanos, napolitanos y sicilianos.

CAPÍTULO IX.

LA UNION ¿PODRÁ SUBSISTIR SIN UN PARTIDO, Y CUÁL SERÁ?

Por más que ninguno haya creído que los individuos de la union láica, aporreada y perseguida, y aun dispersa la Junta carlista, y el conde de Mirabel y D. Vicente La Fuente, individuos de la Superior Católica fuesen nulos en política, ya lo vemos por nuestros ojos, ya tenemos un partido católico, tan ca-

tólico, que no habrá más que desear. Recibido el soplo vehemente que enseña toda verdad de parte del catolicísimo y cumplidísimo caballero Conde de Orgaz, cuantas veces salgan de su círculo, nocturno por lo comun, si fuera á la hora de tercia, quedaríamos los que acudiésemos á verlos tan compungidos al oírlos hablar con tanto fervor, vehemencia, claridad y sonoridad, que franceses é ingleses, italianos y alemanes, en fin, todos los espectadores quedaríamos iluminados por ojos, manos y boca; quedaríamos atónitos al ver la mudanza en ellos operada desde la entrada en la union con los fervorosos afectos que se grabarian en las nuevas caras, y la modestia, y la compostura, y la mansedumbre, y el celo por el amor de Dios, que ya no habrá con quien compararlos, sino es con los Apóstoles, predicándonos á todos y convirtiéndonos de nuestra errada vida á los primitivos tiempos en que, además de los dones de la gracia, tendríamos quien nos mantuviese, sanos y enfermos, sin que ninguno fuera indigente. ¡Qué bien me vendría á mí, que tendré que ir por el resto de vida que Dios quiera concederme á un hospital! Esto ha de convertirse en un paraíso de deleites espirituales que supere á los que se prometian los milenarios. ¡No va á quedar ni un ateo, ni deista, ni indiferentista, ni siquiera materialista, á la sola vista de un unionista espiritual, sin más política que la del cielo! Llegada tanta felicidad, la sociedad será puramente espiritual; no necesitará ni rey, ni gobernador, ni juez, ni alcalde; en ese caso, no hará falta más que el Sr. Conde para dar la señal si no llegamos á comunicarnos como los ángeles, ó como se comunicaron San Luis, Rey de Francia, que no halló otra persona más digna de su visita que un pobre lego hermano mio, que vivía en Perugia, llamado Fr. Gil, por quien preguntó, á quien llamó, sin decir quién era. Bajando el humilde fraile, se dirige hácia el rey, jamás visto ni conocido; se abrazan, nadie les oye, ellos se entienden abrazados y comunicados sus espirituales asuntos; separándose sin que nadie haya sabido lo que se hablaron. Esto pasó entre un Rey y un lego; aquí sucederá entre todos los íntimamente unidos y los que logremos la dicha de que nos toque siquiera su sombra. Hablando sin enigma, les preguntamos seriamente: Si nuestra dicha fuera tal como la hemos descrito, aunque rebajemos muchos quilates, siendo hombres y no muy santos, excepto los nuevamente convertidos, ¿cómo nos habian de gobernar? Suponiendo que como buenos neófitos y olvidados de

lo que ántes hubiésemos sido, principiando por los carlistas, la hez de la sociedad antes, desde hace poco honradas masas, gente hábil para formar, sin tener de la mano el presupuesto, un partido, eligieran lo presente como lo mejor, bajo qué principios y qué cabeza nos habia² de gobernar, no lo dijeron. Por de pronto, nos mandaría el Sr. Sagasta; pero Sagasta no las echa de católico; tendríamos que ser constitucionales de la constitucion del 76, no de más de católica. Contando con que, á fuerza de los milagros operados por los nuevos católicos, lavados y purificados de las manchas contraidas cada cual en su partido, tomasen la resolucion de sufrir el martirio; la inmensa mayoría de los conversos de toda ó cuasi toda la nacion se empeña en elegir diputados á estos santos purificados é iniciados en lo más puro del cristianismo. Y apenas en Madrid, Barcelona, Valencia, en fin, en las ciudades mayores, salia algun diputado profano, ¿cómo nos gobernarían? Por de pronto, con la dicha; á no tenernos sin ley hasta que hiciésemos otra y la examinase Su Santidad. Nada pasaria entre tanto, porque las virtudes de los neos impondrian tanto, que ya ni aun las mujeres se desgreñarían nunca, ni se conocerían los borrachos, ni los rateros, ni los timadores, ni los tomadores, ni menos los ladrones, en razon al nuevo cambio operado en las costumbres; por supuesto que no habria tampoco que temer de los militares ya convertidos en semi-anacoretas, ni siquiera quedaria un exaltado liberal que hiciese una barricada. Pero demos que esto sucediera, ¿con qué ley serian castigados? Habria muchos casos en que las leyes impondrian castigos que los devotos no podrian imponer por injustos, y libertad para otros actos que no podrian ellos dejar sin correctivo. ¿Qué hacer entre tanto? Claro es que la ley estaria ya hasta impresa, para nada más que leerla, aprobarla sin discusion. ¡Qué sentimiento desde los moderados hasta lo más sublimado de los liberales, no echar una cana al aire, teniendo su elocuencia encadenada! ¡Qué desesperacion para un carlista convertido y arrepentido de sus antiguos errores, no lograr su intento de eruptrar su palabra buena, nuevamente aprendida!

Pero esto es cuestion de tiempo. Partiendo del principio de que entre todos no habria más que un corazon y un alma, tampoco habria dificultad en reconocer la cabeza, ya de antemano determinada; sólo quedaria una insignificante dificultad, porque creo, es mi parecer, que por más perfectos que fuesen los repartido-

res, no faltarian algunos griegos que levantasen el grito al cielo, y diciendo que sus viudas no eran atendidas, es decir, que á ellos no se les daba destino. ¡En qué nacion habrá un destinejo para cada ciudadano! Hé aquí el flamante círculo de la calle de Fuencarral, convertido en campo de Agramante, ó concluyendo como el Rosario de la Aurora, á farolazos. ¿No es verdad que sí? ¿Cuántos carlistas se han pasado al liberalismo? ¡Respectivamente á los liberales, poquísimos! ¡Pobres orgacinos, y qué pronto vais á caer por el suelo! ¡Qué pronto el presidente carlista y comparsa se convertirán en simples socios, mejor dicho, en tristes dispersos!

¿Es posible que un círculo cimentado sobre una division; que un cisma católico pueda servir de base para una union católica, siquiera aparentemente, sujeta á los señores obispos? No, y mil veces no, á no cambiar la esencia de la naturaleza humana. He propuesto un imposible; vamos á la realidad. Téngase por bien entendido que yo no me opongo á la union en sí, me opongo al fin que no es sino político; de puro político es antipolítico; mi oposicion es á las personas que lo han ideado, al modo, al tiempo y á la forma. ¿Se presentan candidatos unionistas alfonsinos? Muy posible es que tengan por contrincante á otro católico-monárquico, llamado por el pueblo carlista. ¿Quién triunfará? Cualesquiera que triunfe, es una pérdida para la religion; los pueblos estarán por el carlista; la intriga masónica en favor del unionista, por la sencilla razon de que la union de los nuevos indiferentistas políticos ha de ser más favorecida por los constitucionales. Ya tenemos un escándalo mayúsculo. Pongámonos en el caso, muy posible, de que D. Cándido Nocedal venga á las Córtes con una docena de carlistas, hombre ducho en las lides parlamentarias, y que los unionistas llevan otros tantos entre orgacinos y pidalinos: ¿votarán unidos? Creo que no. Seguro en las cuestiones políticas, y probablemente en alguna religiosa. Escándalo mayusculísimo. Los alfonsinos irán con el ministerio; los católico-monárquicos en contra; siempre el escándalo.

Yo desearia saber quién ha convertido á tanto matador ó aterrador de frailes, para que, abandonando nuestros conventos, pudiesen ellos decir que estábamos deseando desenfrillar á tanto demoledor de iglesias, á tanto raptor de dotes de las monjas, á tantos condes y marqueses y duques enaltecidos, ó bien á tanto promovedor de guerras carlistas que ellos excitaron ó prolon-

garon; á tanto sapo hinchado de oro y papel del Estado que, prestando dinero á una usura tan exorbitante, que ni aun los romanos conocieron, han merecido títulos nobiliarios y sitios de iglesia por el dinero prestado para revoluciones y pronunciamientos.

¡Cosas humanas! ¡Los que nos decían que abusábamos de las cosas divinas para cosas meramente humanas, hoy están locos, furiosos de entusiasmo, llegando á tenernos por herejes porque, vista la trampa, no hemos caído en el cepo! Es cosa de admirar ver con qué fruición se frotan las manos los clérigos liberales amigos por nacimiento, bautismo y confirmación de la religión, de la tradición, del dominio temporal de los Papas; en una palabra, del dominio universal de los Papas, cuando hasta hoy la secta jansenista los respetaba tanto, que toda la supereminencia de los Pontífices quedaba reducida á la jurisprudencia de honor como sucesores de San Pedro, considerándoles como simples obispos de Roma, con los cuales bastaba comunicar, anunciando su elevación los obispos cuando recibían de los pueblos la misión, y de un obispo la consagración; así se explicaba un párroco jansenista francés, á cuya casa me mandó el señor arzobispo de Besanzon á comer el pan amargo de la emigración; no hay más Papa que el arzobispo de Besanzon.

Volvamos á los unionistas. Todos son libres para dar culto al partido que más se adapte á sus ideas. Como libres, y como quien conserva sus primitivas inclinaciones, uno se va con los republicanos ó con los zorrillistas, varios de ambos géneros, algun constitucional, uno que otro más unionista, algo mayor número de moderados, autores de la doctrina de los hechos consumados, y cada uno con su grupito, y en cada uno no será mayor que lo conveniente, á fin de que las discusiones sean animadas y solemnes, y la consabida oposición evite la monotonía en las discusiones. Los que no somos aficionados á discusiones, y sólo deseamos que el pan, la carne, el aceite y el vino vayan baratos; que los pobres tenga un bocadito de pan, un camastro y unos harapos, siquiera para que no se mueran de frío ó hambre; los que no deseamos sesiones solemnes, brillantes discursos, magníficas réplicas, sino buenos legisladores, concienzudos patricios, diputados dispuestos á mirar en general por el bien de la patria y en particular por las ventajas de sus paisanos, no nos gustan diputados en todo forasteros, sino el bienestar de los

desheredados de los bienes de fortuna; sino que toda madre pueda llevar sus niños al descanso hartos, siquiera de pan y patatas; que todo hijo pueda lograr la bendicion de sus ancianos padres, por el cuidado que tiene de que ellos se alimenten con lo preciso, para que su irreparable pérdida se retarde algun año más, abrigando sus frios miembros y alimentando sus débiles estómagos; que los pobres jornaleros tengan medios de asistirse en sus enfermedades sin salir de su casa, y sin exponerse á morir en un hospital de una enfermedad leve, complicada con una contraida allí; que mueran, si es posible, rodeados de su familia; que haya médicos que los asistan humanamente por una módica retribucion; esto y mucho más deseamos los monárquico-católicos, sobre todo los sacerdotes, cosa que no aprobarán todos los católico-liberales, no en cuanto católicos, sino en cuanto agrupados á un bando político, cuyas bases abundan en palabras de humanidad, siendo los hechos de inhumanidad, porque despues del triunfo, sólo piensan en sublimarse y enriquecerse. Dejadnos á nosotros disponer libremente; dejadnos proponer obispos, y si dentro de algunos años no somos bendecidos de todos los necesitados, tanto por lo ménos como hoy somos odiados, renuncio á mis aficiones y á mis compromisos de constancia, fidelidad y honor con respecto á los vencidos, que algunos sabrán quién y por quién han sido vilianamente vendidos y no vencidos.

Nosotros haríamos más de lo que ofrecemos, porque no tendríamos que adular á nadie para las elecciones, ni á comerciantes y artesanos, ni á letrados y filósofos, ni á plebeyos y nobles; porque, en una palabra, nos moveria más el corazon que el cálculo.

Los unionistas que se han empeñado en no ser considerados como una fraccion de partido, no tienen punto de apoyo en las Córtes, donde más bienes pudieran producir algun provecho á la religion; así, á no declararse por un partido, que habia de ser destruyendo por completo al carlista y tomando su bandera religiosa con la mayor retrogradacion en las prácticas parlamentarias; bien recurriendo á la reforma del único hombre apreciable del partido liberal Bravo Murillo, bien á la insaculacion del autor de la cuádruple alianza, y si la memoria no me es infiel, del que se jactó en el Senado de lo mucho que habian hecho para envilecer la Iglesia empobreciéndola, contra la desconfianza de otros, que no creian posible la abolicion de los diezmos y la desamortiza-

cion. Empeñándose, como Quevedo, en no subir ni bajar ni estar-se quedo, no harian nada bueno ni de provecho. En la mayor parte de las cuestiones irian con sus respectivos partidos, y en todas tratándose de lo que los carlistas propusieran en contra. Si me dicen que no irán á las Córtes para consagrarse únicamente á los intereses católicos, los creo menos. De los que fueron míos y hoy son liberales, no temo asegurar que su cambio obedece á la poca esperanza que tenian del triunfo de los tradicionales, al sentimiento de no figurar en las nóminas, ni en la milicia, ni en la judicatura, ni en las Córtes ni en el Senado; no logrando esto, los veo dispersos como á los soldados de Acab. Y que así sucederá, lo veremos en cuanto se hagan las elecciones de diputados y senadores, á no ser que se disuelva antes.

CAPÍTULO X.

DESERCION DE *El Fénix* Y *La Fe*, PERIÓDICOS CARLISTAS PASADOS Á LA UNIÓN, FINGIENDO SEGUIR CARLISTAS.

La táctica de las sectas ha sido, es y será la del republicano, convertido despues en dictador, Julio César, *divide et vinces*, divide y vencerás. Pocas cosas se habrán visto urdidas más solapadamente ni con más torpeza que esta. Muerta *La España Católica* porque la voz de *El Siglo Futuro* puso en guardia á los veteranos, que la hicieron morir por inanicion de suscripciones, nadie pensaba en tal resurreccion. En el templo del Heliópolis liberal, no habia quien hiciese milagros despues de enterrados los partidos; astutamente se metió el gran corruptor en el carlista, ganando uno por uno á muchos redactores de *El Siglo Futuro* y resucitando así *La España Católica*, nos hallamos con ella convertida en *Fénix*. *La Fe* que vió esto, sea por no estar entonces en el secreto, sea porque conviniese disimular, principió por pedir al resucitado su modo de pensar de una manera bastante lacónica, y respondiendo este que era de los nuestros: dada esta respuesta, se contentó con estas pocas palabras: «No se podia esperar otra cosa de los antecedentes de los redactores;» así es que los lectores teníamos pocos antecedentes cuando el resucitado *Fénix* carlista principió

sus dimes y diretes con *El Siglo Futuro*. La astuta *Fe*, y noteológica, ni aun humana, se guardó bien de dárnoslos á conocer á los suscritores, so pretexto de no mezclarse en la polémica. Apenas concluido el enredo de *El Fénix* que nosotros no oímos, entra ella en la liza tan de refresco, que á dar con un soldado bisoño, lo aterra, lo confunde, lo destruye, lo devora, se lo engulle. Desgraciadamente para ella, se hallaba en terreno arenisco, ígneo ó aéreo, y su contrario en firme roca, y salió vencida, mas no convencida, ni enmendada ni corregida; por más estocadas recibidas no hay quien la saque del palenque, siempre empeñada en hacer creer á los bobalicones carlistas que lo es más y más, á pesar de todas las excomuniones. Si llovieran suscripciones unitarias como deserciones ha tenido en Madrid, donde sólo la han consolado un anciano sacerdote de buena pasta, amigo mio, otro que lo conozco materialmente, pero no á fondo, aunque lo tengo por buen sacerdote, y un padre con su hijo, de cuyos carlistas nos libre Dios.

No habiéndonos dado *La Fe* de su actual amigo más noticias, sólo puedo hablar por lo poco que de su conducta se deduce; sea que naciese *La España Católica* como dicen, sea que despues se haya dejado catequizar, y estoy por lo primero, su conducta no puede ser más..... anticristiana. No poder un campeon del liberalismo católico, *soi disant*, encontrar suscritores que sostuviesen un periódico entre tantos católico-liberales que ahora ostentan su neo-catolicismo, papista, infalibilista, ultramontano, seducir ó encontrar ya seducidos, hombres dispuestos á cometer la indignidad de fingirse fiel é irrevocablemente unidos á la bandera de antes, con ánimo de acreditar el periódico, hacer suscritores á los enemigos de toda nueva union, para llevarlos luego á los piés de los que han detestado, cosa es que, si bien absolutamente creible, todavía se resiste el ánimo que pueda llegar á tal punto la ficcion hipócrita. Pero es mayor la torpeza de los manipulantes de la formacion de la Junta láica, que no han conocido que con esa traicion denigraban su causa. Sobre lo que adelante se dirá, la nueva bandera anticatólico-monárquica, obra de los clérigos ó láicos, debia haber brillado por su pureza. Debian por tanto haber creado un periódico nuevo, flamante, á costa de toda la unida familia; entonces hubiera sido menós sospechosa la idea de un nuevo partido, para destruir otro antiguo, natural, mejor, inmejorable. Sólo que entonces se necesitaba tiempo para difun-

dir el engendro, para echar el anzuelo á los suscritores. Por eso, los que así han obrado, se han manifestado atontados de remordimientos, de consecuencia y de moralidad. La traicion de *El Fénix* deja muy atrás las de Maroto, algo más levantada en favor de sus secuaces, y la del zoquete Cabrera, que sólo supo llevarlos á Avila á dispersarse como bobos, si no habian de morir más de vergüenza que de hambre. La cohonestan con el fin religioso; ¡infelices! bien sabian lo que habia de pasar; su deshonor y el cisma en la comunión inquebrantable de su fe, salvo algun lobo con piel de oveja; los pasados, mejor dicho, los despedidos que no quieren irse, se hacen sospechosos de haberlo sido, siguiendo aun con el doble juego.

La Fe que se llena de satisfaccion apelando á su noble genealogía, no la tiene tan ilustre como trata de asegurarlo á infelices labriegos y pobres curas de aldea, que no tienen otro guía que el periódico que manejan con la mayor sencillez y confianza, y si alguno no pertenece á estos sencillos, será porque se cansa de comer mal, pudiendo hacerlo mejor dando un pasito hácia el dios éxito. *La Esperanza*, madre de *La Fe*, no era tan santa como se deseaba, á pesar de la notoria habilidad de D. Pedro de la Hoz, hombre de indisputable talento y de golpes certeros en los extractos de los periódicos, no dejó de dar los traspies que *La Regeneracion* le recogió y echó en cara cuantas veces riñeron, que fueron algunas, y este idiota habia notado, fueron más que mayúsculos respecto á religion. En política era exclusivista, enemiga de que hubiese otro periódico que el suyo de las ideas que defendia; ignorándose en el dia, si ustedes no lo saben, si era carlista ó explotaba á los carlistas, segun frecuentemente le echaban en cara los liberales que debian conocerle á fondo. Que el año 20 era secretario del jefe político de Búrgos, lo confesaba él, no faltando maliciosos que *sotto voce* afirmasen de él lo que ustedes han afirmado de *El Siglo Futuro*. Su debilidad en el carlismo se nota cuando Bravo-Murillo echó á volar su reforma liberal; se frotó las manos D. Pedro de la Hoz, diciendo que habian triunfado sus principios. Como el engendro no fué viable, no pudimos saber en qué sentido eran los principios de dicho señor, que ciertamente no eran los proclamados hasta entonces. Esta paternidad no es tan digna como ustedes suponen. Su marcado encono á que no hubiera otro periódico de sus ideas que *La Esperanza*, tuvo la excepcion en *El Católico*, dirigido por un

sacerdote, que perdió muchos suscritores á la aparicion de *La Esperanza*, por ser menos político que cristiano.

Tampoco la hace mucho honor la muerte vil que tuvo, y la resolucion adoptada cuando el que de capitán proclamó la Constitucion del 12 en el año 20, y presentó la disyuntiva siendo capitán general de Madrid, ó reconocimiento de Doña Isabel, ó destierro á Manila, se acordó lo primero. Condenado el Sr. Vildósola por un artículo, presentó como título y mérito para indulto, que su padre habia sido el primero que en Bilbao proclamara á Doña Isabel. Otro dato que no honra mucho á los de *La Esperanza*, es la muerte indigna que sufrieron los periódicos que entonces se llamaban carlistas; muerte que tuvieron por su empeño en continuar no dejándoles hablar: murieron suprimidos. *La Verdad* habló, y se despidió noblemente antes que le despidieran. ¡Vivan los hombres francos! El último rasgo poco honroso, no para *La Esperanza*, ya muerta *ab irato*, fué la prision de los dos cuñados, que salieron de la cárcel por obra y gracia de Don Nicolás Rivero; ellos sabrán los méritos que tenian para que arreglase el asunto con los suyos.

Esto de *La Esperanza*; ahora viene *La Fe*. Esta señora no pudo nacer *Esperanza* en el gobierno de provincia, ni en el ministerio de la presidencia. *Esperanza* no fué posible, visto que á poco se realiza años antes; *La Fe* ya es otra cosa, se puede tener fe de muchas cosas, sin que haya esperanza. Si hubo pactos ó indicaciones de lo realizado, ella se lo sabrá; empero, descubierto el pastel, hay motivos para dudar que no los hubiera. Por una parte atacaba á Cánovas cuando se trataba de los fueros vasco-navarros; por otra eran tan frecuentes las alabanzas de la habilidad del mónstruo, de la elocuencia del mónstruo; como lo que sigue lo dejamos anotado, pasemos á *La Union*.

No ha dado una respuesta atendible, ni una razon probable de su indigna conducta, desde que parió Pidal su trabajoso engendro. Eso de que los tradicionistas son libres para dedicarse á obras de religion y beneficencia sin permiso de su jefe, es una salida de pié de banco; que vayan á misa, confiesen y comulguen; que distribuyan sus ahorros en limosnas, solos ó acompañados; que se alistén en todas las hermandades de Madrid, nadie se lo negará, ni se lo motejará, ni se lo protestará. El sofisma consiste en tomar la parte por el todo; el todo no perjudica por su misma generalidad, y en este sentido pudo su jefe contestar cre-

yéndolos de buena fe. Pero tratándose de una creacion disfrazada con el traje religioso, que le heria en la tetilla, le traspasaba el corazon, dejándolo muerto en el acto, es una tela que no se ha urdido peor desde que el mundo es mundo. ¿Ignoraba *La Fe* el plan? ¿Ignoraba su intencion y alcance? ¿No era el plan convenido el de entregar á los hipócritas católico-liberales la bandera religiosa, mil veces bañada en sangre de mártires de la fe? Esto no es posible por una parte, y por otra, ha confesado que estaba enterado del asunto. Saben que los Pidales descenden de los mortales enemigos de nuestra causa, que combatieron en todos los terrenos, y que viendo que las armas no han sido capaces de vencerlos, han récurrido al impío proyecto de involucrar al Sumo Pontífice, á los prelados, por cierto bien temerosos de lo que iba á suceder.

Lo más particular es que aun quiera permanecer carlista. Lo declara..... fuera de su gremio; lo trata con la mayor insolencia; le responde con un trozo de novela, llenándolo de insultos. La desvergüenza no puede ser mayor; le dice que quiere servirle, á condicion de que despida de casa la criada que incomoda á la señora; que la despida, y que entonces lo servirá con gusto. Eso quisiera *La Fe*, que fuese despedido Nocedal, alma de las personas fieles que hacen honor á la desgracia; que no se van al sol que más calienta; que no abandonan al vencido; antes bien, entonces le muestran mayor adhesion y lealtad. Lástima tengo á esta coqueta de la fortuna, hija de *La Esperanza*, que no sabia tener compañero fuera de *El Católico*, llamado por los liberales satélite de *La Esperanza*. Ella aspiraba á la direccion de la familia, sucediendo lo que dice el refran: «Quien todo lo quiere, todo lo pierde.» Disgustado de..... porque hacia más caso de Nocedal, se marchó con *La Union*; mas la pícara de *La Union* tenia oculto en el seno carlista al *Fénix*, *La España Católica*, que le ha birlado la jefatura del partido católico-liberal. ¿Adónde irá ahora la cuitada? A confundirse con el vulgo de los unionistas, con el estigma de traidora á la causa santa que antes aparentaba defender. ¡Malditas discordias civiles y religiosas que producen tales apostasías, y manifiestan tanta miseria en el corazon humano! Pero ya escampa; despues del desprecio de la mala criada, al siguiente dia, la toma otra vez con el señor, y le dice: que el criado le pierde; que lo lleva al despeñadero; que sigue una política pesimista, aventurera; que lo abandonará, y lo dejará por fin solo.

Por este estilo se despacha la que aun despachada no se va. Amenaza con que nadie le seguirá el día en que lo pierda Nocedal, y sigue explotando y engañando al partido. ¡Y que haya hombres que no conozcan la superchería de la que se tiene por la única y verdadera representante de los fieles que permanecen inmóviles, á pesar de los que acusan á los contrarios de abusar de la religion, sirviéndose ellos de lo mismo con que injurian á los otros! Ya verán claro los inocentes; ya está formado el partido católico-conservador que, madurando las cosas, hará descender del Olimpo de la presidencia al cumplido caballero de *La Fe*. Orgaz, colocando en su puesto al que echó el reclamo á las honradas masas carlistas, á Cánovas, que formará un partido católico-liberal con los revolucionarios que ya le siguen y los honrados carlistas que le sigan. Estos, serán unos cuantos periodistas que no tienen ocupacion desde que dejaron de calentar los cascos á los inocentes que principiaron una guerra sin contar con ningun apresto, no obstante las mentiras con que los engañaban de que todo estaba preparado, y tanta gente que ya no podia de-searse más.

Pero las honradas masas, eso no; ya verán *El Fénix* y *La Fe* lo que son las masas carlistas, dado caso que haya otro 68; no irán á la guerra á no ser cuando no haya otro recurso; tendrán más calma, y llegada su hora, pondrán en la balanza el brío de sus brazos, siendo su ímpetu como el de los leones. Entonces, los impacientes buscarán auxilio; se lo daremos generosos, perdonándoles su innoble proceder. ¡Muchos milagros ha de ostentar el brazo del omnipotente, porque su mano no la abrevia nadie!

RESPUESTAS DE LOS SEÑORES PRELADOS.

«*Excmo. Sr. Conde de Orgaz.*

»Muy señor mio de mi más distinguida consideracion: He recibido la carta que usted, con otros cinco señores muy respetables, me ha hecho el honor de dirigirme, y siento mucho que en esta inesperada cortesía de usted, obligándome á contestar, me obliga tambien á manifestar la impresion que ha causado en mí el hecho ruidoso que está conmoviendo hace dias á nuestra pobre España. Yo hubiera preferido mil veces llorar en silencio lo que siento antes que comunicarlo á nadie.

»Supongo no creará usted, que yo, el último de los obispos católicos, llore por ver la union de algunos católicos, segun usted me dice, á trabajar por reparar los quebrantos que la Religion de los españoles ha sufrido en estos últimos cincuenta años. Bien lejos de esto, espero que usted me hará la justicia de creerme, si le aseguro que yo deseo con tanto entusiasmo como el más entusiasta de los inscritos á la *Union Católica*, que tales quebrantos sean reparados. ¿Qué cosa, pues, ha podido hacer correr las lágrimas sobre mis mejillas, casi heladas ya por el glacial sopro del cercano sepulcro?

»Al ver nombres de personas ilustres, de personas muy queridas, muy respetables por su posicion social, por su ilustracion, por la pureza de sus principios, unidos y confundidos con nombres de sujetos que no han renunciado ni renunciarán probablemente jamás al nombre de liberales, se ha presentado á mi imaginacion aquel célebre *Universus orbis ingenuit videns se esse Arrianum*.

»El arrianismo fué la grande herejía del siglo IV, como el liberalismo es el cáncer de la sociedad de nuestro siglo. Al recordar los trabajos, las astucias de los arrianos para extender sus perniciosas doctrinas, y ver las astucias y los trabajos de los liberales para atraer á sí á incautos; al comparar los triunfos de estos con los de aquellos, el corazon se extremece, y llega uno á temer no esté lejano el dia en que, al despertar, quedemos sorprendidos al vernos todos envueltos en las astutas redes del liberalismo.

»San Atanasio y los demás Padres que lucharon contra la herejía de Arrio, al ver que los secuaces de éste eran muy numerosos, para distinguir los verdaderos fieles de los inficionados con los errores del heresiarca, propusieron que la fe de Nicea, que los cánones dogmáticos de aquel gran Concilio fuesen la piedra de toque que los diese á conocer.

»Yo he diferido intencionadamente, señor conde, mi contestacion á su favorecida, esperando ver publicadas las condiciones necesarias para ingresar en la *Union Católica*. Yo esperaba que fuese enarbolada una bandera, al jurar la cual pudieran ser conocidas las *verdaderas* intenciones de los que se alistasen á la propuesta *Union*. ¿Si será, me decia á mí mismo, reconocer la autoridad del *Syllabus* y prometer *formalmente* no interpretarle sino como le interpretan el Papa y los obispos? ¿Si será renun-

ciar á las doctrinas del liberalismo, ya tantas veces condenadas, y desechar hasta el nombre de *liberal*? Pero nada de esto. Sólo he leído en un periódico, el órgano quizá autorizado de la *Union*, que si el Sr. P. y M. oyese misa, no se le rehusaria la admision en la *Union Católica*, si la pidiese. De modo que, segun aquel periódico, el único que hasta ahora ha dado luz, alguna luz sobre el particular, basta haber sido bautizado y oír misa para poder ser alistado en las filas de la *Union Católica*, en las filas del ejército que se organiza para combatir á los enemigos de la fe.

»No deja de ser sorprendente la idea, y más tolerante que la de O'Donnell, que queria fuesen resellados los que deseaban ser admitidos en su *Union liberal*. Aquí se trata de forjar una union de católicos de pura sangre, de católicos rancios con católicos liberales, y, ¿para qué? para acabar, segun dicen, con los males que el liberalismo ha hecho á la Iglesia. ¡Qué lástima que á San Atanasio no se le ocurriese formar una liga de católicos y arrianos para acabar con el arrianismo, en lugar de hacerle la guerra implacable que le hizo!...

.....
»Se trata solamente de una guerra pacífica, de una guerra lícita, de una guerra no penada por las leyes, ni condenada por la Religion. Se trata de una guerra de retraimiento, de una guerra, si se me permite la expresion, de abstencion. Esta es la guerra que imponia ahora á sus partidarios, ó por sí mismo, ó por delegado suyo el jefe de los tradicionalistas, y se le desobedece obstinadamente, y se pone en duda su autoridad, y se niega la obligacion de obedecerle.

»Este es el verdadero estado de la cuestion. Este es el verdadero punto que debia ser consultado. Si usted me pregunta á mí, ó á otro obispo cualquiera, ó á todos los obispos del mundo, si es bueno, si es laudable, si merece nuestra aprobacion, si es hasta digno de nuestra bendicion el que se trabaje por reconquistar la unidad católica que la España habia gozado desde Recaredo hasta nuestros dias; si se nos pregunta si es bueno, si es laudable procurar que la enseñanza sea cristiana, sea católica y conforme á los derechos de la Iglesia; que el Clero viva con el decoro y la independencia que su santo ministerio reclama; que las Ordenes religiosas se propaguen libre y desahogadamente por esta tierra clásica de la fe; que se reprima la licencia de la impiedad y de

la blasfemia; que se difundan las buenas lecturas; que no se profanen los días del Señor; que se trabaje, en fin, por conseguir estos y otros muchos bienes que todos los católicos rancieros deseamos, seguramente no habrá obispo católico, no digo en España, pero ni en todo el mundo, que no le responda afirmativamente, que no lo apruebe con toda su alma, que no le envíe su bendición con toda la efusión de su corazón.

»Pero deje usted esto aparte. Preséntese la cuestión en su verdadero terreno. Pregunte usted á los señores obispos si la insubordinación es alguna vez lícita. Pregúnteles usted si *sunt faciendæ aliquando mala ut eveniant bona?* como dicen allá los moralistas. Pregúnteles usted, finalmente, si el fin justifica alguna vez los medios. Haga usted estas preguntas á los señores obispos, y entonces verá usted si las contestaciones son tan unánimemente afirmativas como los nuevos unionistas desearían.

»Todos los partidos políticos en España y fuera de España tienen su jefe, hasta los nihilistas. No es, pues, extraño que los llamados tradicionalistas tengan también el suyo. Este..... dice á los suyos, no hagan ustedes esto. ¿Están ellos obligados á obedecerle?

»La respuesta la da el Apóstol: «*Obedite præpositis vestris;*» y los límites de la respuesta no son otros que los que imponen la ley de Dios y los preceptos de la Iglesia. Siempre que el mandato de uno á quien se quiere reconocer por superior, no es contrario á la ley de Dios y á los preceptos de la Iglesia, hay obligación de obedecerle..... Deje usted de ser tradicionalista; nadie le obliga á ello, y después haga usted lo que le parezca. Pero querer perseverar siendo miembro de un partido que se distingue de todos los demás por la severidad de su disciplina y contestar á una orden del jefe del partido con un *non serviam*, esto no es razonable, no es decoroso, no puede ser alabado. *In hoc non laudo.*

.....

»Y ¿es acaso contraria á la ley de Dios ó de la Iglesia, ó á otra cualquiera ley divina ó humana, la orden de que cada uno se esté quieto y tranquilo en su casa? El deseo manifestado de que no se dé ocasión de hablar á los de afuera de un partido que hasta ahora ha sido tan respetado hasta de sus mismos enemigos; el prohibir que se susciten perturbaciones y disgustos entre los amigos de adentro, ¿son esto, acaso, cosas contrarias á la ley

de Dios ó de la Iglesia, para que se pueda ser desobediente impunemente?

»*Oh insensati Galatae, ¿qui vos fascinavit?* Escribia lleno de una santa indignacion el Apóstol San Pablo á los de Galacia, cuando despues de haberles convertido al Cristianismo, veia que unos falsos apóstoles les habian hecho volver á las prácticas y creencias del judaismo.

»¿Y no podria yo, no lleno de indignacion, sino movido por el amor y alentado con una santa esperanza, permitirme preguntar á muchos de los que han ingresado en la *Union Católica*: *¿Quis vos fascinavit?*

»¿Quién ha podido moveros á fundar una union heterogénea, una union que debería ser llamada más bien desunion, pues os obliga á separaros de un partido del cual hasta ayer habeis sido lumbreras lucidísimas, indestructibles columnas; á abandonar un campo que tanto honrásteis y por cuya defensa tanto trabajásteis; á dar un adios á amigos de toda la vida, á amigos que tanto os quieren, para ir á estrechar la mano de personas quizá desconocidas, de personas que tal vez hasta ayer no han sido vuestros mayores amigos?

»Estoy en la persuasion que el ilustre señor obispo de Angers, á quien desde mi tranquila residencia envió un saludo de afecto fraternal y de entusiasta admiracion por lo mucho que entiende el modo de trabajar útilmente en su país por el bien de la religion y de la patria, no admitiria un solo recluta en la bandera que ha levantado si debiera costarle la dispersion de un solo veterano de la Vendée, que con tanto heroismo representa en la Cámara; ni hubiera bajado de la Cátedra de obispo aquel celosísimo Prelado para subir á la tribuna republicana si le hubiera podido costar el sacrificio de dar un adios á la bandera blanca; á aquella bandera que Mons. Freppel, como todo buen francés, espera sin duda ser la única que podrá salvar un dia á la patria de San Luis.

»Yo no presumiré ser en esta ocasion el *Eusebio Vereclense*, que salvó la buena fe y libró de los lazos del arrianismo en que habia sido cogida la candidez de un Santo, que despues fué mártir; pero no tendré inconveniente en seguir el ejemplo que aquel santo obispo nos dió en el Concilio celebrado en Milan con legados del Papa Liberio. Si el verdadero y único deseo de los que se adhieren á la *Union Católica* es reparar los males que el li-

beralismo ha hecho á la Iglesia en estos últimos cincuenta años, propóngase como condicion indispensable para ser inscritos en ella una promesa formal de admitir el *Syllabus* y de no interpretar-le sino como lo interpretan el Papa y los obispos, y además de abandonar las doctrinas del liberalismo, condenadas ya tantas veces por la Iglesia, y hasta de renunciar el nombre de liberal.

»Si se exigen indispensablemente estas dos condiciones á los ya inscritos y á los que pretendan serlo en adelante en la *Union Católica*, se salvarán muchas de las dificultades que Prelados sabios y previsores han manifestado tener ahora; desaparecerá tal vez el *velo* que actualmente existe de parte de quien sin duda ninguna puede ponerlo; no será entonces manchada con el *non serviam* la entrada en la verdadera *Union Católica*, y esta obtendrá con mayor facilidad las bendiciones del cielo y de todos los hombres de buena voluntad en la tierra. Entonces, y sólo entonces, si usted gusta, podrá contar tambien con la de este su afectísimo seguro servidor Capellan, Q. B. S. M.—*El Obispo de Daulia*.—Cienpuzuelos 29 de Enero de 1881.»

Los vientos no producen más que tempestades, formadas en las universidades, institutos, ateneos, academias, círculos, clubs; y en aquellos terribles apuros, no habrá otro asilo que el desmoronado por *La Union y cómplices*. *La Fe* ha debido olvidar la carta póstuma testamentaria dejada por D. Pedro la Hoz á su hijo. En ella, despues de otros consejos, le decia estas ó semejantes palabras: «Si en algun tiempo tomases la resolucion de cambiar la política del periódico, por ahora no veo el por qué, despídete noblemente de tus antiguos compañeros.» ¿Ha llegado ese caso? Las señalesson de que sí; y la nobleza, ¿dónde está? En los insultos manifiestos á..... Acaso Necedal sea el P. Claret de los revolucionarios de Setiembre ó Sor Patrocinio; sea lo que quiera, estamos viendo un juego doble, que no resultará en favor de su antiguo señor; despedida, sigue representando el mismo papel; llega á confesar que podrá ser ilusa, pero que traidora no, y lejos de reconocerse y entenderse con quien lo representa, dice que eso nunca, y va tirando, y sus lectores no se desengañan.

Estamos mal; el remedio que nos dan es el de formar dos partidos que manden alternativamente; atended al juego de palabras: el conservador-liberal, y el liberal-conservador; el primero para récreo de Cánovas, y el segundo para solaz de Sagasta. Ex-

tranjeros en su patria, quieren vivir á estilo de Inglaterra; ¿pero se han degollado la mitad á la otra mitad antes de llegar á entenderse? Hasta ahora no; algunas sangrías se han hecho, que no bastan para llegar á ese caso; se han de pasar duros trances si ha de venir el cansancio. Los que piensen en formar dos partidos artificiales, se equivocan; los partidos se forman por sí mismos, como sucedió con el liberal, que ya no existe por su fraccionamiento, y el carlista, cada vez más firme y compacto, á pesar de los que se entrometen para destruirlo, creyendo que ya lo han enterrado los mismos que tantas veces lo han llamado inmortal. No, señores orgacinos; los carlistas sobreviven á los que piensan despedazarlos marchándose los nobles. ¡Qué nobleza! ¡Qué escritores! ¡Quién creará en la sinceridad de lo que escriben! ¡Los periodistas que todo lo desfiguran! ¡Qué directores de la opinión pública, que hoy tienen por malo lo que ayer tenían por bueno! ¡Los abogados, acaso sin pleitos! ¡Qué gente para fiarles los intereses!

CAPÍTULO XI.

NO PUEDO PRESCINDIR DEL INCALIFICABLE FOLLETO DEL SEÑOR ALERANY.

Antes de principiar una ligera impugnacion de su malhadado folleto de propaganda, es bueno recuerde usted que quien lo hace es un sacerdote que escribió á un amigo residente en Biarritz, diciéndole: «Mira si me puedes poner en contacto con algun círculo ó tertulia, á fin de estar al corriente de las cosas.»

Su respuesta fué esta: «He hablado de tu encargo á D. A.; murió en buena fama, *requiescat in pace*, y al señor Alerany, habiéndome respondido ambos: no queremos curas ni frailes para nada.» No se le olvide á usted esto, Sr. Alerany.

Los datos para la historia no principian donde debieran, ni como debieran, ni cuando debieran. No explican quién fué el iniciador, ni á quién se inició, ni el por qué; los carlistas, siempre en guerra con los liberales, han abrazado la idea contra la comunión católico-monárquica. ¿Qué católicos son los que se han de unir? ¿Todos los bautizados? No caben, no sirven todos. Y el ya in-

finito número de liberales no entrará. ¿De quiénes se trata? De los carlistas y algunos moderados, católicos de distingos. ¿Quién va hácia quién? ¿Los liberales hácia los carlistas? *Blasphemati*: se irán con Zorrilla, con los facciosos no. ¿Los carlistas hácia los liberales? Se lo prohíben los decretos pontificios, y se opone su conciencia, basada en su inmaculada historia. Se excogita la bandera episcopal; esta, políticamente hablando, es oficial, y los prelados, si no favorecen á los gobiernos tanto como estos desearian, los mirarian mal. No pueden menos de ir con ellos mientras no hieran á su inmaculada esposa, y cuando la hieran y se pongan de frente, con vosotros á la espalda, no os librareis del apodo de carlistas. Para que la union se verifique, si es que hay liberales desengañados, católicos indiferentes que abandonen su indiferencia, católicos femeninos que deseen tener parte, es indispensable que tomen una bandera á la que unan el pendon de la parroquia; de otro modo, algo harán bueno, pero no en grande.

Siendo el folleto de propaganda católica bajo la egida de los prelados, no debia ser, ni tan capcioso, ni tan rabioso contra unos hombres y un periódico que defiende y representa á su señor, que lo era vuestro antes. La causa de que no se hayan logrado soluciones católicas, no es otra que la de haberse mezclado los sectarios liberales vestidos de ovejas entre los decididos católicos. No es licito ni conveniente que sigamos así; seguidnos á nosotros y habremos dado un paso agigantado; con marcharos á otro campo, en vez de ganar almas, ganais infamias y provocais cismas.

El poder público temerá ver el fantasma de la conspiracion cuantas veces os unais para combatirlo, aun en la cuestion más religiosa; creed á un veterano. Aquí es donde se conoce, que el fantasma es la comunión católico-monárquica, porque de esta se han recelado siempre todos los partidos liberales y sus gobiernos; luego se trata de que esta desaparezca, de la obra de la propagacion de la fe, se dirá, y claro es que si todos los liberales fueran católicos, no se opondrian á ella; cuando más, intervendrian en la contabilidad.

«Tenemos, dice usted, por la misericordia de Dios, un episcopado llamado en los buenos tiempos del liberalismo, faccioso; un clero fiel y sumiso á sus pastores,» del cual murmuran ustedes con tanta frecuencia como saña, habiéndolo rebajado tanto, que le insultan los muchachos y las mujeres; empobreciéndolo en

términos de no tener que comer, y privándole de hacer limosnas, «que prefiere morir de hambre;» pero no fué el oficial ni el liberal, «y siendo los católicos la gran mayoría,» porque no supisteis uniros á los rancios, «ha logrado descatalizar la sociedad completamente;» su parte tienen los unionistas, «ó que hay alguna causa bastante poderosa á esterilizar los esfuerzos de todos;» vosotros, que por no uniros á los verdaderos católicos, os unís siempre á los falsos.

Pero Balmes publicó su pensamiento de *La Nacion* para que se hiciesen las bodas tantas veces nombradas, y no le escuchásteis, ni en ese, ni en *La Union*; por eso, «por falta de sávia católica, las costumbres públicas, las virtudes cívicas, todo perece;» todo se os debe á vosotros, que habeis encerrado al sacerdote en la iglesia. «En esta situacion, tan convencidos estamos de nuestra impotencia,» sereis vosotros, que nosotros nos creemos suficientes en el dia de la tremenda, «y desde distintos campos políticos, y con distintos criterios se está clamando;» no han llegado á nosotros los clamores hasta el dia que con espanto y asombro, vimos que se habia formado una Junta de mestizos para felicitar á un obispo, pero francés. ¡Siempre afrancesados los liberales! «Para impedir el proyecto católico más puro, basta que el poder público tema ver el fantasma de la conspiracion.» ¡Mueran las honradas masas carlistas! Hoy me han dicho que han preso al insigne Boet; ¡si vendria á conspirar en favor del que tanto injurió en el proceso de Milan! ¡Qué hipócrita es el que esto escribe! Huele á liberal consumado..... «Organizar la propaganda de la fe, los gobiernos no lo consintieron;» no habria muchos liberales en el negocio, en cuyo caso los amigos no hubieran temido; lo que nosotros no queremos, es que los maravedises vayan á Lyon, sino á Roma y á nuestras misiones españolas; por eso hay poco fervor; otra vez, ¡abajo los carlistas! Hipócritas; aun engañareis á los sencillos diciendo que por los carlistas en todo ven la guerra; ven en todo su irreligiosidad. «Hasta para edificar iglesias, etcétera, se apartan algunos por el color político;» es que no quieren que la pinten de beatos los demoleedores de las que habia. Concluye el punto 1.º: «Espantan las fúnebres perspectivas que se ofrecen á nuestros ojos,» á los que antes no teniais que perder y ahora sois poderosos, que temeis á vuestros imitadores. Aquí ¡salvadnos, carlistas!

II.

Clérigos y legos; liberales en primer término, «los más intransigentes» cuando quieren liberalizarse, «que no hay otro signo de autoridad que el báculo del pastor;» ¡si serán devotos los que tantas veces los han perseguido! Y no me digan que son jóvenes; si vosotros no, los amigos ó vuestros padres; otra vez, ¡que no quede uno de los veteranos! «Para decidir á los indecisos, fué necesario que ocurriese el banquete democrático, cuyas blasfemias rasgaron el velo» de la vergüenza de los carlistas, y llevados de su ardor religioso..... se abrazaron como hermanos; «veremos que esto no fué casual, ni causa,» un párrafo algo largo, en que se dice cómo se decidieron á encontrar un pensamiento de union, ¡causa risa! Uno de provincias les sugirió la idea de felicitar á Mons. Freppel; esto ya lo hemos comentado. «El documento no da motivo.» ¡Mejor hubiera sido no hubiérais injuriado á todo el mundo! El pensamiento mucho antes concebido y madurado «cuando en públicas Córtes se llamó á las masas carlistas;» la anterior aparicion de *La España Católica*, lo manifiestan *El Fenix* y *La Fe*, carlistas hasta entonces, que lo publicaron, haciéndose el primer eco de la desunion, y lo confirman faltos de honor, de delicadeza y respeto á la desgracia, ellos fueron la causa. No *El Siglo*, Nocedal, no hubiera sido digno de la confianza que en él tiene el interesado principal, si no la hubiera atacado; aquí se puede notar por qué dos veces se ha impuesto silencio; «la atacó sin tregua ni descanso;» todo es poco para reprobar tan indigna traicion de parte de los que antes le adulaban y precipitaban, produciendo un conflicto; esto, liberales, se llama echar el muerto al vecino. ¿Quién obró mal? Los firmantes, no por el acto, sino por el plan que consumaban. ¡Muera el jefe!!! «A este importante partido quiso llevar la alarma;» la llevásteis vosotros en vuestra llamada al importante partido, dejando al jefe sin soldados, «sin entrar en el terreno vedado de las intenciones;» las intenciones que se manifiestan por actos no están vedadas. Una pregunta, ¿los señores carlistas, han dado alguna explicacion á sus jefes? aun estamos esperando y creo que la esperaremos à *jamaís* durante nuestra vida. ¡Ya no hay carlistas!!!

III.

«En primer lugar, en cuanto apareció el mensaje al señor obispo, no establecía ni declaraba nada,» ¡friolera! nada más declaraba que el pacto se había consumado, formando una Junta de negros y blancos. ¡Es que para felicitar se necesita formar juntas! ¡Es que ni D. Cándido ni su comitente, sabían pizca de lo que se proyectaba! ¡Otra vez abajo lo antiguo, paso á lo nuevo!!! «*El Siglo Futuro* hizo creer que tendía á formar un nuevo partido para deshacer el tradicionalista» (por carlista le reconoce la historia), pues no se trataba de otra cosa que de dar fuerza que no dan las bayonetas. ¿Por qué si no, no se han separado del paso dado hasta sincerarse con el jefe desechado en odio, dicen, á Nocedal? ¡Que entre católicos conversos y unidos se principia por manifestar su odio, al par que inobediencia! «En cuanto á la antigüedad y maquiavelismo del plan, ya queda consignada la verdad, lisa y llana.» ¿Y la llamada excitada por *La Fe* y la difunta *España*? ¿Qué habeis hecho para protestar contra el banquete democrático? Aquí no lo decís, ni yo sé nada; verdad es que poco sé. ¡Pobre *Siglo Futuro*! Si tantas repeticiones querrán decir: «A tí te lo digo, nuera; entiéndelo tú, mi suegra?» La lealtad; tambien Cabrera fué fiel, y Maroto y otros fueron fieles é hicieron sacrificios, y al fin fueron lo que todos sabemos. Un amigo que se presentó como enterado de los móviles, que yo le supliqué me comunicara, sin duda por conservar el secreto encargado, me respondió: «No puedo; pero le aseguro, que todo se reduce á que Orgaz sea director del partido, en vez de Nocedal.» Este no ignorará eso. Vuelve sobre *El Siglo Futuro* en todo el párrafo siguiente, y vuelta con el exclusivismo de que todos participaron antes, y de que en la juventud católica se manifestasen síntomas liberales: repiten el cuento del sacerdote desechado para formar una Junta; ¡qué poco publican la carta dirigida á *El Fenix* por el Presidente Don Miguel Martínez Sanz! ¡Cómo habia nada menos que Nocedal de caer en el lazo tan mal tendido de dejar sin un periódico á su jefe! «En cuanto al jefe de los tradicionalistas, ninguno de los que firmaron el documento pensó darle con ella el menor disgusto;» es solemnemente faltar á la verdad con el mayor descaro. Cosa de tanta trascendencia como formar una Junta, compuesta de

hombres importantes que antes le seguian, uniéndose con sus más encarnizados enemigos, sin motivo ni fundamento, con un fútil pretexto, no le podia ser indiferente, y no sólo la delicadeza, sino la obligacion, les imponia el deber de ponerla con tiempo en noticia del jefe presente y del ausente. ¡Cómo se conoce que la vara de este no alcanza á Madrid! Ni este señor pudo dar licencia tan general; bien lejos estaria del alcance de la propuesta; siempre pensaria que á lo sumo se trataria de hermandades y actos de beneficencia; no vengan los católico-liberales á comulgarnos con ruedas de molino, engañando á las gentes sencillas. «*El Siglo Futuro* no desistió de la idea de su guerra, y á pesar de las protestas;» ¡hipócritas! Si *El Siglo Futuro* no desiste de su guerra, ¿por qué no le tapais la boca con un mensaje á vuestro antiguo jefe, que lo deje contento y satisfecho de vuestra conducta actual y futura? ¡Sr. Alerany, ó quien sea el autor, es demasiado frágil el subterfugio de la licencia para la gente más pobre de espíritu que use de sus potencias!!! La excomunion, que no la habrá hecho sin permiso, es justa, y más que justa, necesaria, á la cual no quereis daros por aludidos, para conservar suscritores. «En todo caso, no ya la caridad, la justicia.» ¿Qué exigen esas virtudes, señor liberal, pues tan bien sabe usted manejar en todo el párrafo el lenguaje de esa gente? ¿Quería usted que se anduviese con paños calientes? En todo el folleto se habla de Necedal, pero los tiros van más altos; por caridad y por justicia debia dejar que ardiera la casa hasta que no hubiera medio de apagar el fuego; ¡qué astuto es usted!

IV.

«Y urgia desvanecer las confusiones y calmar la tempestad que se habia suscitado con ocasion del mensaje;» ¿quién las habia suscitado? Nadie más que los firmantes; «con este objeto se recurrió al episcopado;» frustrado el primer plan y formado por los que no querian, cuando se llamaban carlistas, curas ni frailes para nada, se ponen á las órdenes del episcopado, á dar un paso que de seguro les proporcionará malos ratos; «por más que todos,» como yo y los míos, deseen la verdadera y general union de todas las fuerzas del catolicismo, pero sin políticos tráfugas y liberales católicos neos, ni saltimbanquis políticos. El párrafo

que sigue estaría en su lugar, si fuera verdad y posible que cada uno quedase en sus anteriores convicciones; no bastan palabras que se interpretan como se quiera; hechos son los que necesitamos, no palabras de nobles y sabios, de distingos y ambajes. «La carta reconocia la imposibilidad de la union en toda su extension y plenitud;» ya lo creo, como que los pasados son pocos y los liberales serán menos. «Pero si para, v. gr., edificar iglesias, fundar escuelas,» para eso no habia que formar juntas, bastaba que algunos se hubieran llegado á los prelados, proponiéndoles la idea: Estos se hubieran entendido secretamente con los que más pudieran coadyuvar al pensamiento ú oponerse á él. Cuando hubiesen vencido todas las dificultades y entendidose todos los prelados, hubieran lanzado á los cuatro vientos el pensamiento, ya juntos y en general, ya cada uno en su diócesis, ¿y qué católico no hubiese puesto á su disposicion sus débiles fuerzas? «Todo lo que redunde en bien positivo de la religion y de la Iglesia.» ¿Si habrá algun pacto masónico para que los liberales se hagan religiosos? Lo que sigue es un sofisma, hijo de la mala causa de los tráfugas. Nadie os niega la bondad de lo que proponeis; lo que se os dice, es que lo habeis emprendido mal y en perjuicio de la union que ya existia. «Así pensaban los firmantes de la carta á los prelados;» los prelados la pantalla y el escudo de los desleales, «entendiendo que con ello calmaban toda clase de recelos.» ¿De quién esos recelos sino de los perjudicados? ¿Por qué no comunicábais vuestro plan á vuestro jefe? Siempre la ficcion la primera. Vuelta con *El Siglo Futuro*, que no obra en su nombre; vuelta con el episcopado, que es la cortina con que se escudan los liberales; no hemos creído que vuestras declaraciones sean francas, y aunque lo fueran, no nos place vuestra amalgama. ¿Os habeis puesto de acuerdo con vuestro antiguo jefe? No. Pues ¿á qué tanta falacia y tanta palabrería? Entonces «*El Siglo Futuro* pudo volver en sí, y reparar noble y honrosamente el daño causado.» ¿Hablais en serio, ú os burlais? Sois vosotros los que debíais haber vuelto en sí. Qué consejos tan sabios al *Siglo Futuro*; tomad los suyos vosotros, y saldreis mejor librados; «los obispos siempre nos dirigirán á nosotros;» ¿penetrarán que tratis de destruirnos? Si bien pudiera entrar en el plan de alguno. «Así; haciendo reservas si lo creia necesario, como las hizo *La Fe*,» ¡qué alhaja, que insulta á sus jefes á boca llena y está en los dos campos, sin que podamos echarla del nuestro! vuelve con las

intenciones; la falacia astuta de este folleto, pone de manifiesto vuestro maquiavélico plan por lo que intentábais hacer; nada, nada más que aniquilar vuestro partido antiguo.

V.

Apoyándose aquí el hábil corruptor y destructor del partido carlista en la autoridad de los señores obispos y de Su Santidad, bueno será repetir que nosotros, solamente nos proponemos defender nuestro partido; que ninguno de nosotros nos opondremos á una verdadera union de católicos, con tal que no ceda en beneficio de los liberales, y se forme la union de otra manera en que desaparezcan por completo los carlistas y sus corruptores liberales, contando para ello con nuestro jefe. Lo que digo, como lo que haya dicho que parezca fuerte, no lo digo contra los prelados, sino para que vean lo que hacen cuando puede haber tiempo de remediarlo; mi carácter es de callar, ó decir las cosas como las siento, á fin de remediar lo remediable.

En este primer párrafo, tomándola con *El Siglo Futuro*, le hace un cargo severo porque no ha publicado todas las respuestas; lo ha hecho con el mismo derecho que ellos cuando se han tragado una que escribí á *La Fe* y otra al insigne inventor del conflicto; á esta me contestó un anónimo, que debe escribir en la misma, llevando otra que no le dejó ganas de tentarme de nuevo. Cuando todo lo habian puesto en juego los hábiles liberales, no quieran hacernos tan tontos que tiremos piedras á nuestro tejado, publicando lo que pudiera contribuir á matarnos. Nosotros vemos aquí un compromiso buscado á los obispos con anuencia ó instigacion de algunos que, como los que se ha insinuado, han cubierto del modo que han podido á los comprometidos. Hácese de nuevo el cargo de la caridad; para caridad está el que ve que se trata de matarle; ¡qué agudos! y dale con nuestros pastores y maestros de los liberales, ¿desde cuándo? Hace cargo á Nocedal por la publicacion de la respuesta del señor obispo de Daulia, pues lo hizo porque le convenia; ¡bonito hubiera estado que en su pleito se sirviera de las piezas contrarias rechazando la «favorable!» La sumision y obediencia, amigo Pepito, á los prelados, es cuando manden, no cuando contestan á otros: ¡Sofistas! El Sr. Orgaz y demás, debieron haber mirado lo que hacian si querian conservar su honor, antes de meterse en

labyrinthos; *El Siglo* cumplió como bueno, lo que debe hacer un buen piloto. El publicarlas por fin, fué un acto que dependia de sus intereses. Vuelva con cargos sobre la contestacion de Mons. Freppel. Ese señor no ha tirado piedras á su tejado legitimista, como lo han hecho hoy los nuevos liberales. Si la religion es de necesidad á todos los partidos, quede dicho para los liberales, que nosotros siempre la hemos honrado y defendido, y no vemos un nuevo Atila á nuestras puertas, para que la religion nos obligue á sacrificar nuestro partido por complacer á los convertidos, ó por convertir liberales. ¿Por qué no lo publicó en letras gordas, etc.? Pues porque no les convenia darles la importancia que les dais.

VI.

Habla de las bases dadas por el Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo, cuando habian contestado treinta obispos, y hace nuevo cargo á *El Siglo* porque no las publicó; si no lo hizo, seria porque ningun general que defienda una fortaleza, harto combatida por la gente liberal, bate sus muros con armas que no deben librarle, Sr. Pepe, tan amigo ahora de los señores obispos, como enemigo antes de los sacerdotes. Ensáñase nuevamente con *El Siglo*, y lo zarandea porque llamó la union una cofradía; y ciertamente tiene razon respecto á vuestros intentos, si despues se chancea con vosotros, que habeis quedado confusos al veros desmascarados. ¡Tiene chispa!

VII.

Principia hablando de la inauguracion de la union católica; pone en boca del eminentísimo prelado estas palabras: «A nadie se imponia el duro trance de abandonar sus opiniones políticas, ni se le impedia el trabajar por ellas;» por ser palabras del prelado; sólo diré que los carlistas las habian abandonado ya; lo prueban su conducta anterior y posterior. Sigue criticando la conducta que siguió al hablar de la inauguracion, recalcando siempre sobre la obra del prelado. Si el dardo mata, poco importa la aljaba de donde ha salido, Sr. Pepe; si no mezclase usted tanto á los prelados para cohonestar su rebelion, ganaríamos todos algo. Para terminar; ¡qué bonito estaria que si viniese lo que todos te-

men, los asociados principiasen á tiros cada uno desde su partido, como dado caso que algunos liberales de la juventud católica fuesen á la guerra, lo harian con los carlistas que siguieron á Marte!

VIII.

Los argumentos que amontonan en este capítulo, nos aplastan por la mezcla de prelados con los seglares. Por de pronto, no era cosa tan grave respecto á otras; en estos casos lo han hecho los prelados solos; era demasiado pronto para que los carlistas nos diesen la razon de lo mismo que decíamos de su apostasía inexplicable. Lo de que para asuntos religiosos á todos los jefes supremos se dirigen exposiciones, firman de todos los partidos, es pueril en esta ocasion; cuando se trate de aumentar el valor de la protesta, no tenga cuidado, D. José, que nuestras firmas falten. En la presente ocasion, ni urgia ni faltaba quien lo hiciese, sin que nadie le tildase. El acto de ponerse á los piés de una persona los que alguna vez se habrán puesto á los de otra, indica, ó servir á dos señores, ó abandono del otro, que escojan. Lo que han hecho los periódicos revolucionarios, no lo hubieran hecho del mismo modo á mirar ellos lo que hacian. Sr. D. José, imita usted á los malos muchachos, que hacen el daño y lo cargan á otro.

IX.

En este capítulo, en que hace una recopilacion de cargos al *Siglo Futuro*, puesto tras la cortina de los obispos, voy á seguirle copiando las palabras más salientes. La respetabilidad de las personas, dejaron de serlo; las declaraciones, no estamos obligados á creerlas, desmentidas por sus hechos; á la aprobacion del episcopado, á esto se ha respondido: sobre el prelado tenemos que callar, que los obispos han hecho reservas, y uno de ellos añadió que si supiera que se ocultaba otra cosa, ó hablaria de otro modo, ó se encerraria en un profundo silencio.

Esto es ya levantar la manta; el casino ya se anuncia; veremos luego las elecciones, y si los unidos se sirven de la union para salir diputados, y si los ex-carlistas disputan con los carlistas, «únicos jefes y directores,» cuando asistan á los actos públicos, cuando no un lego; puesto que tanto se cacarea la sumision, ¿por-

qué los vicepresidentes no son sacerdotes, y en Madrid el señor auxiliar? «Lo que se ha hablado en público y en privado, en gacetas, etc.,» es la consecuencia de todo hecho, mayormente cuando hiere intereses primitivos; no necesitan que hable *El Siglo Futuro* los revolucionarios para ensañarse contra los obispos; no haber obrado contra vuestra bandera anterior, y lo hubiérais evitado.

Los católico-monárquicos hemos comparado nuestra política mejor y mil veces mejor que la de los liberales por sus obras, y esto con aplauso de la mayoría de los prelados; no negaremos que toda clase de gobiernos son buenos una vez aceptados, cuando nadie proteste contra ellos, ni nos mezclamos en la autoridad de los obispos; defendemos nuestro campo con las armas que podemos, y nada más. El primer ensayo ha sido poco favorable al catolicismo, pues ha nacido dividiendo, y sigue y aumenta la division. Si la union no fué un pacto con el gobierno, á qué la llamada de las honradas masas carlistas, pronunciada por el diputado y reforzada por el ministro. Es seguro que su cambio no ha sido del todo y en todo el catolicismo; apelo á Carbonero y Sol con su venta de libros á cargo de las fábricas. Combatimos, no la obra que se puede mejorar; la combatimos en las personas que la han dado principio con perjuicio de otra anterior, que podrá ser en el acto mucho más eficaz que la nueva pueda ser cuando haya pasado por las pruebas; con el tiempo será mejor por los servicios; en los actuales hubiera sido más sencillo reforzar la nuestra que destruirla.

X.

El autor del resumen parece un santo canonizable; á no ser porque tropezamos con él fielmente expuestos los hechos, cuando está plagado de insidiosos sofismas, siendo el principal el de ponerse tras la cortina del jefe del Estado, único que desde el primer puesto ganaria; despues en los prelados, á quienes se ha comprometido á sacar de apuros á los firmantes que, hallándose en el aire por la imprevista, prevista caída del Gabinete de la llamada; los sacaron de apuros, del mismo modo que á Su Santidad, que no habia de negar su sancion á una obra católica que se le presenta con todos los visos de buena. Si yo pudiera decir á los prelados y á Su Santidad estas palabras de Job: *et magnitudo*

tua non me terreat, otras cosillas diria; unidos en la cuestion dinástica, cuya terminacion vosotros habeis hecho imposible, la union en varias cosas consignadas era factible. Nos uniremos con tal que no ceda todo en beneficio vuestro como la union católica, las escuelas católicas dirigidas por liberales, la cruz roja; todo durante la guerra se declaró más ó menos liberal bajo el gobierno; eso de buscar el reino de Dios y su justicia, es lo primero que hemos sellado con nuestra sangre; los cataclismos no los evitará la union que ahora se haga; es tarde para eso; sólo viniendo los liberales hácia nosotros, se evitan en el acto; si no haceis esto, y despues falta quien reconstituya la sociedad, culpa vuestra será, que siempre habeis desechado el remedio. Las piezas del proceso mandadas á Su Santidad tienen gracia, y la parte contraria ó el reo, ¿adónde estaban?

Despues de estampar el rescripto de Su Santidad, vuelve á la carga contra *El Siglo Futuro*, «con esta terminante decision;» la palabra decision no me parece exacta, sino cuando se trata de una bendicion *justa allegata et probata*; mas como la cuestion, sea porqu e se teme cosa muy diferente que la que á primera vista aparece, nos quedamos en el mismo estado que antes.

¡Vuelta otra vez con la conducta de *El Siglo Futuro*, con lo que publica ó deja de publicar! ¿No copias tú lo que te favorece, y de seguro que omites lo que te perjudica? Pone unas palabras de *El Siglo Futuro*, en cuanto á derrotas; estaba acostumbrado á ellas, por vivir en tiempos en que la justicia y la verdad y el bien están perseguidos, y la Iglesia en el calvario; y dice una verdad de á folio. En otros tiempos, de otro modo se hubiera obrado; aquí política y religion, combinados para derrotar un enemigo vencido, no es extraño que hayan encontrado apoyo tan hábilmente buscado. Lo que sigue es una repeticion sobre los fines de la union y su aprobacion, hasta hablar de los discursos láicos. Orgaz dice que los suyos no tienen que hacer ningun sacrificio; ¿cómo? ¡Si ya lo habian hecho! Quien se pavonearia seria el gran agitador liberal Alejandro, que sin duda en honor del griego que llevó su mismo nombre, dicen que pronunció una arenga semi-guerrera. ¡Qué orondo estaria rodeado de ex-carlistas, de constantes liberales de todos los partidos, sin faltar á su credo político, hechos unos devotos cristianos, hasta que en su partido se toque á votar contra los católicos! ¡Qué satisfecho quedaria al dirigir su palabra á tan buenos y nuevos discípulos! ¡Mila-

gro fué que no reventó de alegría al ver tan recompensadas sus fatigas!

Sigue contra *El Siglo Futuro* en la última reseña, que prueba bien á las claras que el autor capcioso del folleto es un táctico liberal, y este un ramplon; pone lo que le conviene, porque se trata de matar una causa, demasiado arraigada para que la destruya su feroz enemigo Pidal, por medio de señores obispos y Su Santidad, que se halla en peor estado que los vencidos de la Aurora, á quienes los liberales tratan de arruinar. Sr. Alerany, ¿por qué se ensaña usted contra *El Siglo Futuro*, haciendo propaganda entre los carlistas? Haga usted propaganda entre sus liberales, especialmente entre la gente de cuartel. El dia que usted cuente con unos 500 de plana mayor, unos 2.000 subalternos, y 3 ó 4.000 cabos y sargentos, entonces verá usted liberales como las abejas á la colmena del presupuesto; porque hoy creo serán pocos más que los carlistas que ustedes han ganado, los dos hipócritas periódicos que aparenten defender lo que están matando; pero ha resucitado tantas veces, que se le puede tener por inmortal, mientras haya liberales, á pesar de haber buscado á los prelados para echarle el *requiescat in pace*.

CAPÍTULO XII.

CONCLUSION Y EXHORTACION.

He llegado al término de lo que me habia propuesto decir. Mi posicion era difícil. Su Santidad Leon XIII desea la union de todos los católicos, y los buenos no pondrán dificultades, formándola como es debido, sin favorecer á unos ni perjudicar á otros. No mediando entre nosotros la cuestion dinástica, apenas habria dificultades; como en este punto se encuentran dos partidos, uno feliz y otro en el ostracismo, el primero compuesto de monárquicos liberales, desde los más retrógrados hasta los que hoy gobiernan; como entre estos hay pocos católicos entusiastas, habiendo algunos entre los caidos, y otros pocos acendrados católicos que, no siendo liberales, ni antiguos moderados, aun suponiendo que estén por la rama femenina, entre todos estos hallarán los venerables prelados muy pocos resueltos á lle-

gar al martirio por salvar su religion. De este aserto hago jueces á cuantos el año 33 poseian el suficiente discernimiento para juzgar entre lo bueno y lo malo. Dado que me equivocase, «mayormente si la union es cosa manifestamente de Dios, que principie á manifestar paulos y augustinos,» hablando humanamente, el núcleo se halla entre nosotros. La prueba es que, atropellando por la diferencia dinástica, se han buscado como base y como reclamo, y como señuelo, los que más habian bullido en la comunión monárquica desde el principio de la setembrina hasta la horrorosa proscripción sagastina y canovina. Bien lo conocia la elevada persona á quien se atribuyen estas palabras: «No encuentro sujetos dignos sino en el campo carlista.»

Dejando á un lado lo que sea de estas palabras, es más que cierto que, en vez de reforzar por esto mismo á los católico-monárquicos, se ha hecho lo contrario. Se ha hecho un trabajo de zapa. Los que con bueno ó con mal fin pasaron del campo liberal al carlista, debieron conocer que aquí no se ascendia ni se medraba; que en ese terreno no se gana ni para ir al café ni al teatro, ni para edificar casa ni coches tirados por magníficos caballos que arrastren la vanidad de los antiguos haraposos, que hoy insultan con su lujo á sus compañeros; suspirando por las cebollas, melones y ollas de carne de Egipto, dijeron los dignos sucesores de sus mayores: «Venid con nosotros al presupuesto; Cánovas os llama; quiere una bandera que tremolar dentro de lo existente; él no tiene más título que el de conservador, que no es sino una palabra; necesita una idea; se halla dispuesto á formar en las filas religiosas; arrebatad á los carlistas la bandera religiosa y traedla á nuestro bando; esto hecho, contad con diputaciones, senadurías, altos empleos, pues altos érais en vuestro campo, y no os faltarán tampoco poltronas de ministros. Venid cuanto antes, porque mi amigo Sagasta, á pesar de nuestra amistad, se me echa encima con sus progresistas. Contad con los señores obispos, diciéndole que Sagasta podrá darles malos ratos, segun costumbre de los progresistas, que nosotros haremos cuanto podamos para contentarlos, luego que matemos al faccioso partido carlista.» Estos ó semejantes debieron ser los ofrecimientos de los propagandistas para ganar á los mal contentos carlistas, creyendo que eran tantos que no quedaria ni uno, para raza, con su jefe.

Torpes somos los carlistas, como gente serrana, sencilla y natural; mas nuestra torpeza no llega á tanto que nos dejemos engañar como los cabreristas, á quienes Cánovas envió á Avila á morir de hambre ó de vergüenza. Cabrera ha hecho bueno á Maroto y comparsa, que siquiera miraron por sí y por los suyos; ha hecho bueno á Concha, que recompensó la traicion con honores, dineros y sueldos; pero Cánovas se la ha jugado perfectamente al astuto tortosin: se ha servido de él como instrumento, ha concluido el negocio de la guerra, no soltó prenda, y se ha burlado de los traidores. ¡Pobres infelices, y entre ellos Boet, si es cierto lo que algun periódico-extranjero ha publicado!

El verdadero punto de partida se halla en la cuestion dinástica. Si los señores que han entrado en la union no convencen á los carlistas verdaderos, firmes, constantes, invariables, impertérritos, *escamados* de que sólo y únicamente se trate del bien de la santa religion, que de un modo más ó menos fervoroso, más ó menos rutinario, profesan los más de los españoles, pueden decir á Su Santidad que somos los primeros soldados del catolicismo, que estamos siempre en la union, ó que pueden disponer de nosotros; pero que no den su aprobacion á folletos como el de el Sr. Alerany, que más que un reclamo para atraer, es una andanada de metralla disparada contra sus antiguos superiores y los que, antes que volver las espaldas al caido, nos hallamos dispuestos á sufrir todas las mayores desgracias.

Estamos en posesion de caminar en la vanguardia del catolicismo contra el liberalismo, y no estamos dispuestos á ponernos á la cola de los liberales de distingos, defendiéndolos en retaguardia. Conocemos sus ardides, sabemos de lo que son capaces, y hemos conocido que, con habilidad satánica, se han propuesto arruinarnos por medio de los señores prelados.

Les proponen una obra tan santa como halagüeña; negarse es dar una arma á la revolucion, que los apodará carlistas; aceptar la idea es perder las simpatías de estos; de aquí tantas salvedades; de aquí la precipitacion en la formacion de la nueva Junta, sin esperar la respuesta de todos los prelados. El que tenga gana de trabajar, examine bien las respuestas de la mayor parte de los prelados, y se convencerá que han sido comprometidos.

Los que han jugado el dado y pasado el Rubicon, no se volverán al campo; el remedio sólo se halla en los que por fuerza lo han desamparado. Puesto que el Soberano Pontífice quiere la

union de todos los verdaderos católicos, creo que, sin desdeñar los servicios accidentales que puedan y quieran prestar, aun los dudosos en casos concretos, manos á la obra. El Sr. Conde de Orgaz, jefe de los que fueron carlistas, que vuelva con los suyos á donde antes se hallaba; que se dé un abrazo con Nocedal; que vuelvan á ser lo que eran los periódicos y revistas que se marcharon; que los señores prelados, de acuerdo con Su Santidad, nombren un obispo á satisfaccion de las partes interesadas, pero disidentes; que éste principie los trabajos de nuevo (nada de Junta directiva, en el pestifero centro político de la córte); que nombre una Junta de buenos y santos cristianos en donde con venga por las comunicaciones; que no haya en ella ni un político; que se entiendan con todas las gerarquías eclesiásticas, igualmente que con las personas particulares del clero secular y regular, dando sobria entrada á los jesuitas, á quienes unos por su amor exagerado perjudican más que otros con su odio; que los unidos abandonen ese método de propaganda con folletos como el del Sr. Alerany, encaminados, y nada más que encaminados, á seducir las honradas masas carlistas, azuzándolas contra el señor Nocedal, representante del que antes tenían por jefe, del cual hablan tan mal que no hay quien los escuche; que hagan su propaganda entre los liberales, pues los carlistas siempre estamos dispuestos á sostener á la madre que nos engendró en el bautismo, y ganaremos todos.

La propaganda deben hacerla los unidos entre los afiliados al liberalismo. Principien por aprovechar todos los medios, para que los oficios eclesiásticos se den al verdadero mérito, no al saber especulativo; no á los que, dotados de una buena inteligencia, con sólo leer la leccion y escuchar su explicacion, forman un caudal de ciencia que les abre las puertas de una catedral, sentando plaza de canónigos con un sueldo que no alcanzan los que toda su vida pasan en cristianar los niños, en inculcarles las ideas puras del catolicismo, en guiarlos de la mano hasta hacerlos castos esposos, en desmenuzar el pan de la divina palabra á los feligreses, concordar matrimonios desavenidos, reprender los escándalos, contener los malvados y animar los virtuosos, visitando asilos, hospitales, casas de maternidad, y sobre todo, ayudando al moribundo á ordenar bien sus asuntos temporales para atender únicamente á la consecucion de un bien eterno por medio de los Sacramentos. Estos méritos habeis de procurar que sean

recompensados con las prebendas mayores, llevando á las catedrales hombres que hayan pasado su juventud en las parroquias, los cuales llevan consigo unos conocimientos prácticos que realzan los intelectuales. Trabajad para que no sean los liberales los encargados de proveer los destinos eclesiásticos; que los provistos tengan el testimonio de una virtud acrisolada desde que se sintieran llamados al sacerdocio, y vereis el cambio operado en las costumbres y prácticas religiosas, morales y civiles.

Vuestra propaganda se ha de dirigir á conquistar á tantos que, llamándose católicos, no practican más virtud católica que alguna obra de misericordia, á tantos como leen periódicos malos, porque los vuestros no son buenos. Serán buenas las doctrinas, pero no haceis porque á las buenas doctrinas vayan unidos todos los medios que usan los otros para atraer suscritores. Desde que nació *El Católico* estoy oyendo á muchísimos, y entre ellos bastantes sacerdotes, que no leen un periódico religioso porque no traen noticias interesantes, dejándose llevar del atractivo de la polémica, siempre inútil, porque un periódico no convierte á otro; como un diputado, por elocuente que sea, no arranca á otro el voto que lleva en el bolsillo al entrar en las Cortes. Principiad por enfervorizar en los principios religiosos á los caballeros de las órdenes militares, haciendo que no se contenten con la vana ostentación de llevar la venera al lado, sino que se acuerden del motivo que tuvieron sus respectivos fundadores para establecerlas; catequizados á estos, que son y serán magnates, decidles que Atila está á las puertas de Roma, y que sólo un San Leon lo contiene; que, cuando menos lo piensen, se presenta un Genserico con sus vándalos, y, ¡ay de los palacios, ay de los jardines, ay de las estaciones, ay de los wagones, ay de los almacenes, ay de los tesoros, ay de los adornos femeninos, ay de los graneros!

Vuestra propaganda se ha de introducir entre los militares, última razon de los gobiernos, aun de aquellos que, aspirando al mando, los odiaban como opuestos á sus deseos, los cuales logrados, quieren que sean su apoyo. Sentad plaza entre ellos, propagad vuestras doctrinas en los cuarteles, y yo os prometo un feliz éxito. Los jóvenes que asistís á las reuniones ó tertulias á obsequiar al bello sexo, más inclinado á la devoción que vosotros, procurad que nada se mezcle en vuestras conversaciones que no sea honesto, santo y cristiano; que no oigan sus oídos palabras que no diriais en presencia de sus madres; que no hagan vuestras

manos acción que no queráis sea vista, y ellas os ayudarán á la reconquista del terreno abandonado al enemigo. Los que ya tenéis edad, tratad de que vuestras acciones y palabras sean edificantes á cuantos os rodean y tratan, y no dudeis del buen éxito. Esta es la propaganda que os compete, mayormente á los procedentes del liberalismo. Entre estos hay varios que se agregarían á vosotros si supiérais buscarlos. Los hay desengañados de sus errores, que no tienen fuerza para rechazarlos, ya por la costumbre, ya por respetos humanos. Los hay que no han logrado cuanto deseaban, que han perdido su quietud, buscándola donde no se encuentra; pues decidles: «Venid y vereis cuán suave es el Señor.» Haced de samaritanas, llamad á los ilusos de Samaria: «Hemos encontrado al Mesías; venid y vereis que me ha descubierto cuantas cosas he hecho y ha sanado mi corazón.» En vuestros campos teneis innumerables soberbios, arrogantes avaros, ambiciosos que, habiendo saciado estas pasiones, desean continuar en su goce, desean conservar los honores y riquezas adquiridas; estos y otros desean una ocasión decorosa y oportuna para cortar compromisos, y en este terreno podreis obtener excelentes resultados.

Los procedentes de la comunión monárquica pueden y deben entenderse con quien antes comunicaban, y si algo han visto y conocido que no se halle en armonía con las ideas verdaderamente cristianas y católicas, decidlo donde y á quien convenga, para que ponga remedio. Mirad que de una discordia no puede dimanar una buena union; que habeis desunido vuestra propia union, con dolor de la patria y de la misma religion.

Y vosotras, á quienes para llevaros á donde vosotros jamás habeis querido ir se os ha llamado honradas masas carlistas, esforzaos en conformar vuestras palabras, acciones, pasos y pensamientos con las ideas que representais, que con trabajos indecibles habeis sostenido, que con vuestra sangre habeis sellado. No deis oidos á ninguna sirena que os llame á nombre de la union, hablando mal de Nocedal y de *El Siglo Futuro*, porque los tiros pasan por encima de Nocedal, yendo directos al corazón de quien vosotros amais. Es á la causa por la que habeis sufrido tanto frio, escarchas y calazones, tantos calores y sofocantes carreras, tanto cansancio y falta de reposo, tanta hambre y escasez, tanta privación, tanto sufrimiento en las cuevas, tantas enfermedades en los bosques, tantas cárceles, tantos presidios. No perdais el mérito

to adquirido por una cosa que vosotros ya teniais, pues vosotros en vida, y vuestros compañeros á la hora de su solitaria muerte, siempre habeis llevado grabados en vuestros corazones los nombres venerandos de Dios, Patria y Rey.

Eso sí; no imiteis en nada la conducta de los liberales con sus doctrinas, que habeis combatido hasta con las armas, peligrando vuestras vidas y perdiendo vuestras haciendas; atended á lo que os obligan vuestros compromisos; tened entendido que vuestro partido jamás ha contristado á nuestra Madre la santa Iglesia; antes ha sido la esperanza de esta tan tierna como afligida madre; vosotros no habeis pedido vuestra legítima para disiparla con las meretrices, que son las sectas liberales, hijas legítimas de los protestantes; vosotros no habeis salido de la casa paterna; vosotros no habeis contristado á vuestro padre, no teneis que decir en lejanas tierras: «¡Cuántos mercenarios abundan en panes en la casa de mi padre, y yo perezco aquí de hambre! iré, iré pues, á la casa de mi padre, y prosternado en su presencia, le diré: «padre, pequé en presencia del cielo y contra tí; no soy digno de llamarme tu hijo;» son vuestros adversarios los que deben prorrumpir en estas expresiones; empero si los veis entrar en la casa paterna y que el padre los abraza, hace festin, y los viste con las mejores vestiduras, en vez de incomodaros porque han dejado su camino de perdicion volviendo á la casa paterna, no traspaseis el corazon paterno dándoos por resentidos.

Si os llaman para que imiteis su conducta, por más que lo hagan con habilidad y maña, no queriendo ir con vosotros, no creais su lenguaje melífluo, porque os llaman hácia el liberalismo. Para que no puedan decir que no escuchais la voz de vuestra madre, responded con humilde entereza: «Nosotros no podemos hacer maridage con vosotros, volviendo las espaldas á quien siempre hemos mirado cara á cara;» cuando este nos diga: podeis uniros; cuando os llamen de esta y la otra manera, con estas y las otras condiciones, entonces ya no peligramos, y podremos abrazarnos cordial y entrañablemente, entonces todos podemos formar en un mismo rebaño, bajo un mismo pastor; ya no hay causas para que no tengamos todos un corazon y un alma.

En tanto que llegue tan anhelada hora, tomad el consejo de un veterano; no imiteis á vuestros adversarios en sus blasfemias contra Dios, contra su Cristo, contra la sagrada hostia, contra su immaculada Madre la Santísima Virgen María, contra los santos

de nuestra carne y nuestros huesos; no vomiten vuestros labios maldiciones, imprecaciones, interjecciones obscenas; sed los primeros en ponerlos á los piés de vuestros prelados, de vuestros párrocos, diciéndoles: Buscáis cooperadores para volver al redil á los descaminados con sus malas doctrinas, y reparar sus estragos en la parte posible: aquí nos teneis; mandad, que nosotros obraremos. No preguntaremos con quién nos mandais á la viña á trabajar; sólo deseamos saber para quién ha de ser el fruto producido por el sudor de nuestro rostro; porque si nosotros hemos de trabajar llevándose otros el fruto, entonces trabajaremos por nuestra cuenta.

En lo que nada perdereis, y si ganareis, será en mostraros devotos en confesar y comulgar por lo menos en Pascua florida; ¡cuánto regocijareis á la Iglesia triunfante, paciente y militante con estas flores! La consolareis oyendo misa los días de fiesta, ocupándoos en santas obras, sin perjuicio de distraeros despues en inocentes y honestas diversiones. Procurad ser buenos padres y buenos hijos; no olvideis que hay pobres que socorrer, enfermos que visitar, viudas que consolar, huérfanos que proteger, oprimidos que defender. Sobre todo, honrad á los padres, abuelos, y no dejéis de levantaros cuando se os aproxime un anciano, dándole el más cómodo sitio, y la mano cuando, agobiado con los años, no pueda caminar. No apartéis de vuestra memoria que el pecado hace á los pueblos miserables; sobre todo el de la lujuria que tanto se ha descarado. Este es el pecado que mayores estragos ha causado al mundo, y por este han venido los más terribles castigos; el diluvio, el fuego sobre Sodoma y demás ciudades, las guerras y despues las hambres. No dejen los padres de inculcar á sus hijos la modestia en el mirar, la decencia en las palabras, y la honestidad en las acciones, enseñándoles á ser sobrios en la comida y la bebida, porque donde mucho se come y se bebe hay lujuria. No olvideis que las españolas siempre han tenido fama de modestas y castas, y los españoles de sobrios. Hoy mismo he leído un elogio en un periódico, copiado de otro francés, en que se hace el mayor honor á nuestros emigrados; antes habia oido que los franceses se habian admirado de la honradez de nuestros hermanos en Francia. No se borre de vuestra memoria que el pecado de nuestros adversarios es la avaricia; por ella han derribado nuestros conventos, nuestras iglesias, reduciendo á la miseria á nuestro clero secular y regular, con todos los asilos de

beneficencia y enseñanza; que ellos han adquirido riquezas, honores y magníficos palacios; no envidieis ni sus riquezas, ni sus grandezas; pedid un bocado de pan bendecido, y comedlo con el temor de Dios. San Pablo os dice, que los que quieren enriquecerse, caen en tentaciones y en lazos del demonio.

La envidia suele ser raíz de la calumnia, del falso testimonio, de la murmuracion, de la difamacion y descubrimiento de los defectos ajenos; no dejándoos llevar de este pecado, de que la primera víctima es quien le da cabida en su corazon, evitared las riñas, las muertes, los motines, las discordias que produce la murmuracion, hija de la envidia y de la venganza. Huid de todos los vicios, observad los mandamientos, amad á Dios, amaos unos á otros, atraed á vuestros rivales por vuestras buenas y suaves costumbres; poneos de parte de vuestros párrocos en todos los negocios parroquiales que sean de su jurisdiccion; no publicéis sus defectos, si los tienen, ni los exagereis ya que no los podais ocultar. Son vuestros padres espirituales; necesitan comer; por vosotros se levantan á media noche ó madrugan y trasnochan, y ruegan á Dios por vuestros extravíos, y tratan de reconciliaros, y cuando alguno de sus feligreses imita á Cain con el homicidio, muchas veces, por ocultar un hurto, lo siente y deplora más que los padres de la víctima ó del agresor, que pagará su delito en un patíbulo ó en un perpétuo encierro. Escuchad la voz de vuestros padres espirituales, más desinteresada y no menos amorosa que la de los naturales.

Nadie lleve á mal mis últimas palabras. Las elecciones se aproximan; las intrigas no principiarán, que continuarán; buscarán vuestros votos todos los partidos que antes conociais por sus perjudiciales obras; á estos jamás habreis pensado dar vuestros sufragios. Antes vuestro partido era uno, estaba unido y compacto; ahora os llamarán los que no son de los nuestros; se han marchado, llevándose dos periódicos, *La Fe* y *El Fénix*. Si estos acuden á vosotros, no presentándoos la bandera de Dios, Patria y Rey, no los creais; no estando con nuestro jefe, no pueden ser apoyados por ninguno de cuantos hasta hoy han estado en las filas anti-liberales. El menor pecado que puedan cometer, es el de querer servir á dos señores, cosa declarada imposible por el divino Maestro y Redentor. No hay evasiva, ó con los de antes ó contra los de siempre. Las amalgamas siempre son perjudiciales, cuando no son compactas, completas, generales y es-

pontáneas; entrando los amaños, los disimulos, los disfraces, no pueden ser útiles si no es para los actores, y aun de estos los principales. Alerta, pues; no os dejéis engañar con que los señores obispos y Su Santidad han bendecido la union católica; la han bendecido, pero no han mandado que todos entremos. Que hagan nuestros padres espirituales que los extraviados vengan hácia nuestra comunión católica, la más antigua y la mayor, que nosotros los estrecharemos en nuestros corazones, haciéndoles los honores que se merezcan. Sea siempre vuestra divisa Dios, Patria y Rey, honrándola con vuestra buena conducta, teniendo en cuenta que la fe sin las obras es estéril, es muerta; que á la fe se han de unir la esperanza, también infructuosa, á no acompañarla la caridad; virtud que todo lo vivifica, á todo da brillo y hermosura, que es paciente, benigna, que todo lo sufre, todo lo espera y todo lo desprecia antes que afean sus obras con las injurias y malas obras contra sus hermanos, buenos y malos, amigos y enemigos, parientes ó extraños, naturales ó extranjeros, sobre todo si estos vienen á buscar refugio entre nosotros. Mostraos dignos de vuestros mayores, en la union, en la fraternidad, en el mútuo sufrimiento de los respectivos defectos; no busqueis precisamente vuestros medros personales; trabajad por los adelantos generales, que siendo la patria feliz, no pueden menos de ser dichosos los que en ella habitan. Union, esperanza y confianza, si no en un inmediato y completo triunfo, por lo menos hacedos de respetar hasta que vuestros avasalladores acudan á vosotros como á puerto de salvacion ó á ciudad de refugio, como sucederá si Dios no contiene su ira; así lo cree vuestro fiel amigo y veterano.

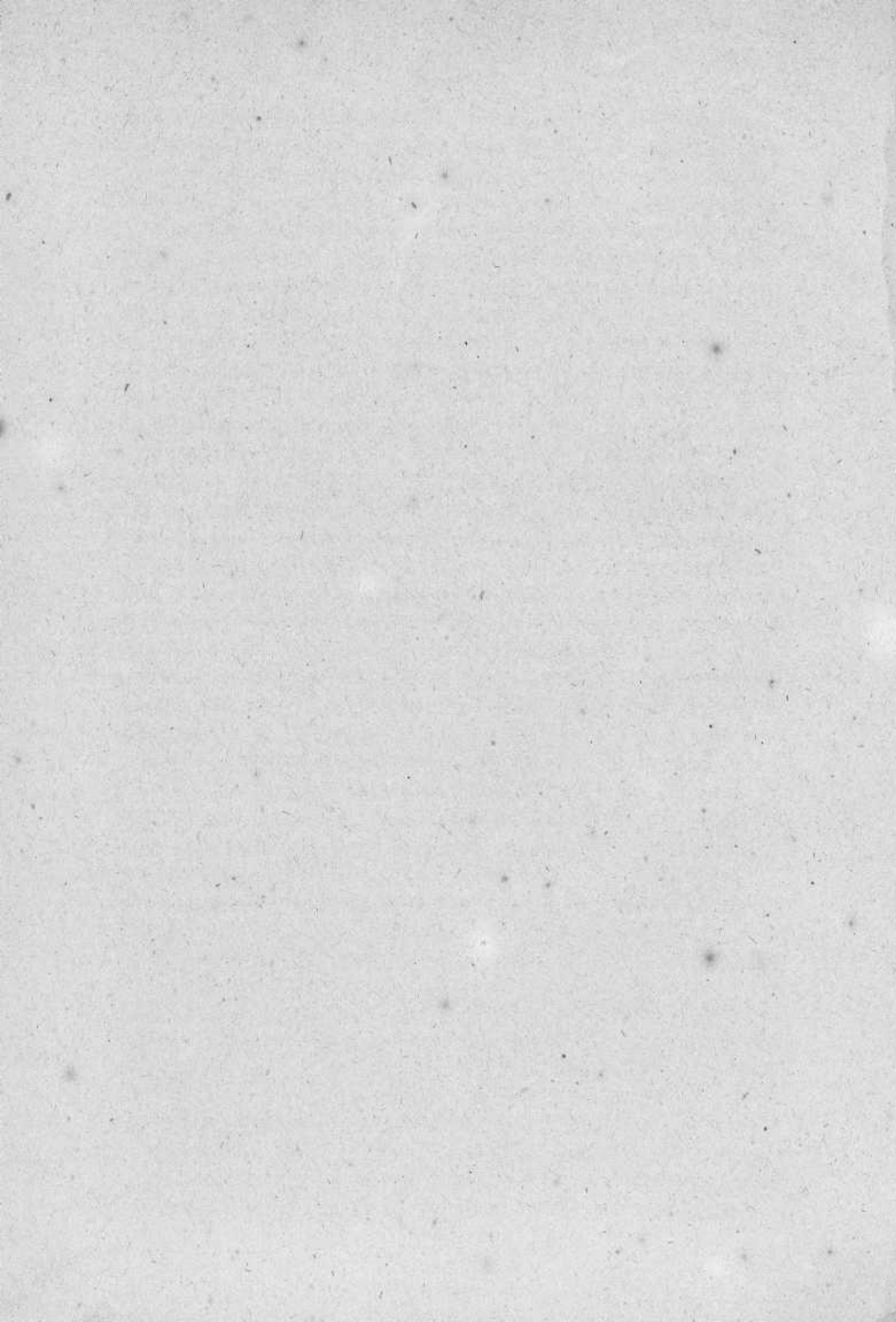
Si en alguna cosa hubiese faltado á las prescripciones de nuestra Santa Madre la Iglesia, desde ahora lo revoco y detesto, pues mi ánimo es vivir y morir en su santo gremio.

FR. ANGEL TINEO HEREDIA.

Madrid 18 de Julio de 1881.

INDICE.

	<u>Págs.</u>
A los lectores.....	3
<i>Capítulo I.</i> —Origen de la comunión católico-monárquica.....	7
<i>Capítulo II.</i> —Unión espontánea y rápida á la muerte del último monarca Fernando VII.....	13
<i>Capítulo III.</i> —Los liberales como partido, no son ni verdaderos católicos ni verdaderos monárquicos.....	18
<i>Capítulo IV.</i> —Los partidos medios no pueden subsistir; los extremos son los llamados á luchar.....	25
<i>Capítulo V.</i> —Justos motivos de alarma en la comunión católico-monárquica.....	30
<i>Capítulo VI.</i> —Los venidos liberales, ¿son lo que eran?.....	36
<i>Capítulo VII.</i> —Y los agregados carlistas, ¿qué son?.....	39
<i>Capítulo VIII.</i> —Se engaña á los españoles que se dejan arredrar porque Su Santidad haya bendecido la unión.....	44
<i>Capítulo IX.</i> —La unión podrá subsistir sin un partido, ¿y cuál será?.....	48
<i>Capítulo X.</i> —Desercion de <i>El Fénix</i> y <i>La Fe</i> , periódicos carlistas pasados á la unión, fingiendo seguir carlistas.....	54
<i>Capítulo XI.</i> —No puedo prescindir del incalificable folleto del señor Alerany.....	65
<i>Capítulo XII.</i> —Conclusion y exhortacion.....	77



6

TINRO

HERNANDEZ

LA

LIBRERIA

A

TODOS

